

# La Reina de las Piratas y Yo



Por Caroline Vitkovitsky



Este libro está dedicado a Celeste Mann y Milagros Mendez, quienes siempre creían en mi creatividad, incluso en español. Aprendí de las mejores.





## Índice

**Capítulo I:** *Las piratas*

**Capítulo II:** *A bordo del barco pirata*

**Capítulo III:** *Conocer a la capitana*

**Capítulo IV:** *Lupe y la capitana*

**Capítulo V:** *“No puedo protegerte”*

**Capítulo VI:** *Entrenar para luchar*

**Capítulo VII:** *La redada*

**Capítulo VIII:** *“¿Quién es Dolores?”*

**Capítulo IX:** *“¿Te sorprende verme?”*

**Capítulo X:** *La otra niña*

**Capítulo XI:** *Epílogo*



## Capítulo I: *Las piratas*

Tenía trece años cuando me llevaron las piratas. Llegaron un ventoso día de marzo, cuando el cielo era tan gris como la barba de mi abuelo y el mar tan azul oscuro como los ojos de Nachton, el mejor amigo de mi hermano Randulf y yo. Mi padre, Randulf, Nachton y yo navegábamos hacia España para visitar la Catedral de Santa María de la Asunción en Pamplona. El primo de mi padre acababa de ser ordenado arzobispo de Pamplona y todos sus familiares fueron invitados a visitarlo.

Mi padre no era un hombre religioso y, a pesar de las tentaciones de la rica comida y los exquisitos vinos de su patria, probablemente no habría aceptado la invitación si no fuera por mi madre. Estaba embarazada y las parteras que vinieron a verla se marcharon silenciosamente, cuchicheando entre ellas y evitando la mirada de mi padre. No le decían nada y no queríamos asustar a mi madre preguntándole qué le habían dicho. Estaba radiantemente feliz. El último bebé, el que me siguió, se había perdido durante un parto demasiado prematuro, nació azul y quieto. Mi madre había estado al borde de la tumba y le había llevado más de un año recuperarse. Nadie esperaba otro hijo después de eso.

Pero después de quince días y las parteras seguían sin decir lo que pensaban, Nachton se escabulló una tarde. Regresó con expresión solemne y nos dijo que se creía que mi madre no sobreviviera a este embarazo, ni tampoco el niño. La invitación del arzobispo de Pamplona había llegado unos días antes, y mi padre la aceptó silenciosamente y desapareció en su estudio. Esa noche, durante la cena, anunció que peregrinaría a la catedral de

Pamplona para pedir al Todopoderoso un parto seguro para mi madre y el bebé. Randulf, siempre dispuesto a la aventura, preguntó si él y Nachton podían acompañar a mi padre. Cuando su petición fue aceptada, miré suplicante a mi padre. Él sonrió, algo bastante raro, y prometió que yo también podría ir.

Los marineros no fueron tan acogedores. Una mujer en un barco trae mala suerte, nos decían. Mi padre protestó diciendo que yo no era una mujer, sólo una chica. Después de mucho debate (y un intercambio de plata), finalmente abordé. Pronto tendría muchos motivos para arrepentirme.

Para empezar, descubrí rápidamente una propensión a marearme. Mi padre y los chicos habían navegado antes y estaban acostumbrados al movimiento constante de un barco. Pero yo pasé los primeros tres días en la cama de mi cabaña, vomitando en un balde. Cuando un marinero bien intencionado insistió en que la enfermedad se aliviaría con el aire fresco y la vista del horizonte y que debían trasladarme a cubierta, pasé los siguientes tres días vomitando sobre la borda del barco. Después de que el desayuno de un día se salpicara sobre un importante rollo de cuerdas, me trasladaron de regreso a mi cabaña sin ceremonias.

Demasiado enferma para estar de pie, demasiado débil para moverme, todavía estaba allí cuando llegaron las piratas. Escuché disparos y espadas chocando en la cubierta de arriba. Llamé con miedo, pero nadie me respondió. Al poco tiempo, las cosas empezaron a calmarse nuevamente. Mi puerta se abrió de golpe y Nachton corrió a mi lado. Nachton tenía un año más que yo, y siempre me parecía más grande que la vida. Pero esta vez se había encogido. Vi a un chico aterrorizado, con ojos atormentados y la ropa manchada de sangre. Ay Dios. Por favor Dios, que esa no sea su sangre.

Vio mis ojos en su camisa enrojecida. "No es mío," dijo. Me hundí sobre mis almohadas aliviada. "Es peor," me advirtió Nachton. Nos miramos a los ojos y mi corazón se enfrió. Leí la noticia en su cara. Dejé que me ayudara a levantarme y subimos las escaleras hasta la cubierta superior,

caminando silenciosamente. Nachton fue el primero, cauteloso, pero después de mirar rápidamente a su alrededor, me hizo una seña.

Era peor que cualquier cosa que jamás hubiera soñado. *Carnicería*, pensé. Había cadáveres por todas partes, goteando fluidos rojos que parecían el vino caro que mi padre bebía en ocasiones especiales. No se movieron.

"¿Mi padre?" Le pregunté a Nachton. "¿Y Randulf?"

Su rostro estaba sombrío. "Ahí," señaló. Tenía miedo de mirar, pero me obligué. Había un cuerpo delgado de chico que todavía llevaba la camisa que le había cosido a mi hermano para su último cumpleaños. Y al lado, los rasgos delgados y oscuros del rostro de mi padre.

"Les dispararon," siseó Nachton. "Traté de detener el sangrado... pero no pude." Estalló en sollozos. Nunca había visto llorar a Nachton, ni siquiera cuando se cayó de un árbol y se rompió el brazo.

Los ojos de mi padre, alguna vez tan familiares, eran los ojos de un extraño en la muerte, nublados por la niebla de la muerte. Los de Randulf estaban cerrados y podría haber imaginado que simplemente estaba durmiendo, si no fuera por las manchas de sangre que empapaban su camisa y oscurecían sus rizos rojizos. Extendí la mano y cerré suavemente los ojos de mi padre. Nachton me miró en silencio. Ninguno de nosotros sabía qué hacer. Habíamos asistido a funerales antes, pero nunca prestamos mucha atención. Un *Pater Noster* no parecía lo más adecuado. ¿Quizás un himno? Pero sabía que sólo empezaría a llorar si intentaba cantar. Así que mi amigo y yo nos arrodillamos en silencio, sosteniendo las manos de nuestros seres queridos muertos.

Y entonces, de repente, ya no hubo más silencio. Las piratas pulularon a nuestro alrededor, gritando y gritando, agitando sus enormes espadas. Grité y alcancé a Nachton, pero ya no estaba a mi lado. Una de las piratas lo había levantado y se lo estaba arrastrando.

"¡No!" Grité. "¡Nachton!"

“¡Isobel!” gritó. “¡Sálvate! ¡Te encontraré! ¡Sé sabia y valiente y que Dios esté contigo!”

Mientras lo llevaban al borde del barco, otra pirata me agarró las manos a la espalda y me obligó a seguirla. Se rieron y me hicieron mirar mientras obligaban a Nachton a caminar por la tabla. Yo no podía respirar cuando cayó al agua. No sabía nadar. Nunca había aprendido cómo hacerlo. Su cabello oscuro desapareció rápidamente bajo las espumosas olas del mar oscuro y todavía no podía respirar. Observé el lugar donde se había hundido hasta que mi visión se volvió borrosa y se llenó de manchas negras. Entonces, solo hubo oscuridad.





## Capítulo II: *A bordo del barco pirata*

Me desperté en una pequeña cabina en un barco que se balanceaba suavemente. Mi corazón latía rápido, pero me calmé. Entonces todo había sido un sueño. Gracias a Dios. Me senté. Y entonces lo supe.

Había manchas de sangre por toda la parte delantera de mi vestido. Había sangre seca debajo de mis uñas y en mi cabello enredado. Grité y no paré de gritar. La puerta se abrió y entró corriendo una pirata de aspecto feroz. Me gritaba que dejara de gritar, pero el sonido de mi propio horror ahogó todo. No pude parar. Me abofeteó, me pateó, intentó taparme la boca, pero nada me hizo callar. Después de un rato, ella se fue.

Regresó con la mujer más grande que jamás había visto. Ella se alzaba sobre el marco de la puerta. Sus antebrazos debieron ser tan gruesos como mi cintura. Era simplemente tan enorme que me olvidé de gritar. El silencio que siguió fue ensordecedor.

La pirata más pequeña se fue y la grande me tomó en brazos. Ella me acunó como a una niña y lloré hasta que se me acabaron las lágrimas. Luego sacó una galleta de un bolsillo invisible y me la entregó. Fue difícil, pero tenía hambre y lo mordí mientras ella miraba.

"Sss, sss," me consoló "Estás bien ahora. Supongo que tengas miedo. ¿Cómo te llamas?"

Sacudí la cabeza. Esta mujer, por muy amable que pareciera, todavía era una pirata. Llevaba el pelo recogido hacia atrás con un trozo de tela brillante y en sus orejas había más anillos de oro de los que podía contar. Ella era una pirata y debía ser una de las piratas que habían matado a mi



padre y Randulf y Nachton. Al pensarlo, habría empezado a llorar de nuevo, pero tenía la garganta llena de las migajas secas de la galleta que ella me había dado.

La pirata más pequeña regresó a la habitación y había otra pirata con ella. Me sonrieron con suficiencia y se volvieron hacia la amable pirata que me sostenía. "Mantenla callada. La reina está descansando y no le agrada el ruido."

"¿La reina?" Las palabras salieron antes de que me diera cuenta de que las estaba pensando. "¿Qué reina?"

La pirata más pequeña, la primera que vi, sonrió como un lobo. "La Reina de las Piratas."

Durante las siguientes semanas permanecí encerrada en mi pequeña habitación. Las otras piratas venían de vez en cuando, para burlarse de mí acerca de que algún día me convertiría en una de ellas y para alardear de sus incursiones más recientes. La única que fue amable fue la pirata alta. Ella me traía todas mis comidas y aunque entre el mareo y la mala comida rara vez tenía apetito, ella se quedaba y hablaba de otras cosas además de barcos, oro y peleas. Aprendí los nombres de la tripulación. Ella se llamaba Lupe y la otra pirata que conocí se llamaba Fernanda, y había otras cuarenta y cuatro piratas a bordo, sin contar a la capitana.

"¿Por qué sin contarla?" Yo pregunté.

Lupe pareció sorprendida y se rió entre dientes. "Supongo que ella no se parece al resto de nosotras. Ella es la única que lucha sola, ¿sabes? El resto de nosotras trabajamos en parejas, por lo que siempre tenemos a alguien cuidándonos las espaldas. Se llaman super dúos."

Esto provocó un sinfín de preguntas en mí. ¿Por qué ella luchó sola? ¿Las super dúos eran siempre iguales? ¿Quién era la pareja de Lupe? Lupe respondió pacientemente a cada pregunta, explicando que era un orgullo para la capitana luchar sola. Ella era muy buena con la pistola y la espada. También me habló de las diferentes parejas con las que la habían emparejado a lo largo de los años, pero mi atención estaba en otra parte.

Cuando terminó, volví a preguntar por la reina pirata. ¿Era realmente tan aterradora como afirmaban las otras piratas?

Lupe suspiró. “¿La capitana, quieres decir? No la llamamos la reina pirata a bordo. Fernanda sólo intenta asustarte. Ella no es tan mala.”

“Pero Fernanda me contó este horrible cuento sobre cuando la capitana atacó uno de los barcos reales y había un niño pequeño a bordo y la capitana—” Me interrumpieron cuando Lupe hizo una mueca y levantó la mano para detenerme.

“Sí,” murmuró ella. “A Fernanda le gusta agregar sus propios detalles, pero es la verdad que la capitana puede ser...”

“¿Un monstruo?” sugerí.

Lupe me lanzó una mirada que no pude interpretar. “Despiadada,” finalizó. “Pero eso es suficiente por ahora. Te dije que no escucharas a Fernanda y sus historias locas.

Ahora, ¿cómo se siente tu estómago? Tengo un poco de té de jengibre para que pruebes. Debería ayudar con las náuseas.”





### Capítulo III: *Conocer a la capitana*

Una semana después, una nueva pirata entró en la habitación. Yo estaba acostada en mi litera y ella se sentó en el taburete junto a mí. Me senté, sintiéndome incómoda y vulnerable. Ella me inspeccionó en silencio, con una sonrisa sarcástica. No recordaba haberla visto antes, pero sabía quién era sin dudar.

"Usted es la reina pirata, ¿no?" Pregunté con valentía, mirándola a los ojos.

"Sí," respondió ella. "Me llamarás capitana. Todas mis piratas lo hacen."

"No soy una pirata," dije.

Ella sonrió. "Aún no."

Nos evaluamos mutuamente. Era delgada y no muy alta, con cabello negro corto y ojos oscuros que reflejaban amargura. El ceño fruncido y las numerosas cicatrices en su rostro le daban una mirada aterradora, y tuve que bajar la mirada después de un rato.

"No seré una pirata," murmuré. "No haré lo que usted hace. Usted es una ladrona y una asesina. ¿Cómo puede vivir usted con toda esa sangre en sus manos?"

"Oh, se lava," dijo alegremente. "Después de un tiempo, te acostumbras. De todos modos, son sólo hombres codiciosos. Sin embargo, es inusual encontrar una mujer a bordo. ¿Cómo llegaste a ese barco?"

"Estaba viajando con mi familia," escupí. "Los hombres que usted mató, ¿recuerda?"

Ella no lo hizo, me dijo. Yo hervía de odio y ella debió haberlo visto en mis ojos, pero se limitó a reír. Ella había venido a discutir algo diferente, me dijo. Me quedé allí sentada como una nube de tormenta mientras ella me explicaba lo que ya me había dicho Lupe: que las piratas luchaban por súper dúos. Esto es lo que

las hizo tan eficientes y tan peligrosas. Y ahora, una de las piratas estaba a punto de dejar la tripulación y necesitaban a alguien que ocupara su lugar.

"Y así," dijo la capitana. "Ahora es el momento de empezar a ganarse el pan. Eso, o puedes caminar sobre la tabla."

"Prepara su tabla, entonces," dije, levantando la barbilla desafiantemente.

"Isobel," dijo, usando mi nombre por primera vez. ¿Hizo una mueca o simplemente lo había imaginado? "No seas estúpida. Cuando menos personas pelean, las peleas son más complicadas y desesperadas. Realmente sólo queremos su oro, no sus vidas." Ella sonrió. "Supongo que las vidas son una ventaja. Pero si no luchas, habrá más sangre por tu ausencia."

No sabía si esto era cierto o no. Realmente no tenía sentido y ella tenía todas las razones para mentirme pero, sin embargo... había una nota de sinceridad en su voz. Me pregunté, por primera vez, si tal vez Lupe tenía razón y la capitana no era el monstruo que todos pintaban. Ella vio mi mirada curiosa y reaccionó de manera extraña, alejándose. La inquietante sonrisa regresó cuando se levantó para irse. Se volvió justo cuando abría la puerta y habló burlonamente.

"Y no te preocupes, chiquita. No te haré matar a chicos bonitos con ojos azules. Me gusta cuidarlos yo mismo... como sabes."

Mi corazón se detuvo. Nachton.

Se golpeó la barbilla con un dedo, pensativamente. "¿Cuál era su nombre, de nuevo? Recuerdo que lo gritaste. ¿Algo escocés? Ella esperó a que respondiera, pero permanecí en silencio, mordiéndome el labio con tanta fuerza que sentí el sabor de la sangre. "Te espero en la cubierta principal mañana para entrenar. Aprenderás a usar una espada y una pistola." Ella salió de la habitación.

Quería llorar por Nachton, pero estaba demasiado enojada para llorar. Mis ojos ardían y mis labios todavía ardían. Todavía estaba sentada en mi cama cuando Lupe entró con mi almuerzo. No la miré ni a ella ni a la comida.

"¿Qué pasa, Isobel?" ella preguntó. "¡La odio!" Grité.

"¿Odias a quién?" Lupe preguntó confundida. "¿Fernanda te ha vuelto a molestar con sus cuentos? Sabes que no debes escucharla."

"No es Fernanda," sollocé. "¡Es la capitana!"

"Ay," dijo Lupe. "Así que la conociste."

“¡Ella mató a mi mejor amigo!” Le conté la historia completa a Lupe. Pasó su brazo por mis hombros y me consoló. Cuando terminé y estábamos sentados en silencio, se me ocurrió una idea. Me aparté de Lupe y miré seriamente su rostro comprensivo. “Lupe, no te gusta esta vida. Sé que no te gusta. No estabas destinada a ser una pirata. Te importan las personas, no el dinero.”

Involuntariamente, ella asintió levemente. Aproveché la oportunidad.

“Lupe, eres la persona más fuerte que conozco. Podrías derrotarla.” Lupe intentó detenerme, pero yo hablé aún más rápido. “Podríamos hacerlo por la noche, cuando ella está durmiendo. Y podríamos escapar en uno de los botes salvavidas. Para cuando el resto de la nave se dé cuenta de lo sucedido, podríamos estar muy lejos.”

Lupe ya estaba negando con la cabeza. “No,” dijo ella, luciendo dolida. “Isobel, no hables así. Suenas como... como ella.”

“¿Como quién?”

“La capitana.”

“¡No me parezco en nada a ella! ¡Estoy hablando de matarla a una asesina, no a una inocente!”

Lupe sonrió con tristeza. “Así es como ella también empezó. Nunca fueron las personas inocentes. Hasta que un día lo fue.”

Abrí la boca, pero ella me hizo callar.

“La capitana no siempre fue como es ahora. Alguna vez fue una chica dulce y valiente como tú. Me recuerdas mucho a ella cuando tenía más o menos tu edad.”

“¿La conociste cuando era niña?” Interrumpí.

“Por supuesto,” dijo Lupe. “¿Nadie te lo dijo? La capitana es mi amiga más antigua y querida. Sé que es difícil de entender cuando piensas en las cosas que hace ella. Pero la vida no ha sido amable con ella. Ella sólo está tratando de sobrevivir.”





## Capítulo IV: *Lupe y la capitana*

Lupe me contó que ella y la capitana habían crecido juntas, tan unidas que eran como hermanas. María (la capitana, aunque nunca pude pensar en ella como algo diferente que “la capitana”) amaba el mar y soñaba con ser marinera. Pero, por supuesto, una niña no podía convertirse en marinera. Podría convertirse en esposa de un hombre rico y en madre de hijos, pero no en marinera. Su familia era pobre, y cuando su padre recibió una oferta de matrimonio de un hombre mayor rico en un pueblo cercano, aceptó en su nombre. Se sabía que este hombre era cruel con las mujeres, y la capitana, que entonces era una chica de catorce años, tenía miedo. Poco después de la boda, comenzaron los abusos. El corazón de la capitana ardía dentro de ella, pero rara vez hablaba de ello. A veces, cuando Lupe tocaba suavemente un nuevo hematoma o roncha, la capitana susurraba que algún día ella huiría y navegaría en alta mar y ese hombre nunca, nunca la atraparía. Pero éstas eran sólo fantasías y ambas chicas lo sabían. O eso pensó Lupe.

Una noche, la capitana llegó a casa de Lupe, con el pelo corto y vestida con ropa de chico. Mientras Lupe la miraba en estado de shock, la capitana le susurró su plan: colarse a bordo de un barco que zarparía por la mañana y convertirse en grumete. Le rogó a Lupe que la acompañara, pero Lupe no podía soportar la idea de dejar a su familia: su padre y sus dos hermanos menores que la amaban y dependían de ella.

“¿Y qué pasa con tu hermana?” preguntó la joven capitana suplicante.

“¿Acaso no soy tu hermana, en todo menos en la sangre? Tus dos hermanos se tienen el uno al otro, pero yo no tengo a nadie. Nadie excepto tú.”

“Entonces quédate aquí conmigo,” argumentó Lupe. “Encontraremos una

manera. Ahora estás casada, pero tus padres siguen siendo tus padres y te protegerán. Seguramente, si le decimos a tu padre..."

La capitana miró a Lupe con incredulidad. Hubo un largo silencio, y entonces ella siseó lentamente: "¿Crees que eso cambiará algo? ¡Él ya sabe! ¡Mis tíos ya lo saben! ¡Todo el mundo ya sabe! No han hecho nada para ayudarme y nunca tomarán medidas contra un hombre tan poderoso."

La capitana cayó al suelo llorando. Lupe se arrodilló para levantarla, pero la capitana le tomó la mano antes de que pudiera reaccionar. La capitana presionó la mano de Lupe contra su vientre. Y ahí estaba. Una leve hinchazón en el cuerpo flaco e infantil. Lupe jadeó y las miradas de las dos chicas se encontraron.

"Así que ahora entiendes por qué tengo que irme," dijo la capitana.

Lupe asintió en silencio y las lágrimas llenaron sus ojos. "Pero cuando los marineros se enteren... ¿qué te harán? Todo el mundo dice que una mujer en un barco trae mala suerte."

"Supongo que me dejarán en el próximo puerto y allí podré hacernos una vida," respondió la capitana. "No me van a tirar simplemente por la borda." Lupe todavía parecía dudar, por lo que la capitana continuó: "Es un riesgo que tengo que correr, Lupita. No puedo darle un hijo a ese monstruo."

Lupe asintió. "Sí. Pero no puedo ir contigo. ¿Me escribirías y me dirías dónde estás? Dentro de dos o tres años, cuando mis hermanos sean un poco mayores, iré a verte."

La capitana pareció apenada, pero estuvo de acuerdo. Las chicas pasaron la noche acurrucadas una contra otra bajo la manta de Lupe. Un poco antes de que saliera el sol, la capitana sacudió a Lupe para despertarla.

"Es el momento," dijo. Se puso de pie y se llevó la mano al pelo rapado, adoptando una pose dramática. "¿Parezco un grumete?"

Lupe apartó la mirada del vientre de la capitana, ignorando el secreto que ocultaba. "Sí," dijo, con toda la alegría que pudo reunir. "Un grumete muy bonito."

Se despidieron con un abrazo y la capitana salió sigilosamente de la casa en silencio. Lupe la vio desaparecer por el camino hacia el muelle y rezó una rápida oración a la Virgen, la tocaya de la capitana y de Lupe.

Pero la Virgen no debió haber estado escuchando esa mañana, porque sólo unas horas más tarde cuando el hermano menor de Lupe entró corriendo gritando: "¡María!

¡Tienen a María!" A Lupe se le cayó el plato que estaba lavando y se rompió en mil pedazos. Salió corriendo y sus pies volaron por el sendero que conducía al muelle.

Allí estaba la capitana y ¡ay Dios! ¡Allí estaba su marido! Él la estaba arrastrando por lo poco que le quedaba de cabello, pero ella se defendía, negándose a ir con él. Esto sólo enfureció aún más al marido.

Un hombre se acercó, el padre de la capitana. Lupe casi se desmaya de alivio. Quizás no había hecho nada antes, pero no podía quedarse de brazos cruzados mientras su hija fue arrestrada por el pueblo. El padre de la capitana levantó la mano para indicarle al marido que se detuviera. Lupe contuvo la respiración mientras él se acercaba a su hija y la miraba a los ojos. Antes de que ella supiera lo que había sucedido, su mano golpeó como una cobra y la capitana cayó al suelo, presionando con la mano una nueva marca roja en su mejilla. Su padre la escupió y la llamó con una palabra que Lupe solo había oído usar para las mujeres vestidas de colores brillantes que esperaban a los marineros en los bares.

"¡No te crié para que fueras una mujer desobediente!" él gruñó. "Tú eres la esposa de este hombre y permanecerás con él. Pase lo que pase." La capitana permaneció inerte en el suelo. Lupe observó, aterrorizada, cómo los dos hombres levantaban a ella y se la llevaban.

Esa tarde, Lupe escuchó a las mujeres cotillear junto al pozo del pueblo. Dijeron que el padre de María estaba avergonzado. Su marido estaba furioso y exigía que le devolvieran el precio de la novia.

"¡Que horrible!" Dijo una mujer. "Su familia no puede juntar ni solo un céntimo. Todo el mundo saben eso."

"Bueno, esta tarde el marido irá a casa de su padre a negociar," comentó otra mujer. "Será mejor que su padre encuentre más de un céntimo."

Su tono era siniestro y la charla cesó. Todas las mujeres parecían solemnes y silenciosamente comenzaron a alejarse. Lupe no pudo seguir callada y corrió hacia la



última oradora.

"¿Qué quieres decir? ¿Por qué la familia tiene que pagar el precio de la novia? La mujer pareció sorprendida. No se había dado cuenta de que Lupe estaba allí, escuchando. "Vete, chiquita. Hay algunas cosas de las que no hablamos."

Pero Lupe insistió y finalmente la mujer cedió. "Quiero decir que ella no verá salir el sol si su marido no recupera parte de su dinero."

"¿Quieres decir que la volverá a encerrar en la despensa?" —Preguntó Lupe. Fue algo terrible, ya que la despensa no tenía ventanas y María estaba aterrorizada por las arañas que dejaban sus telarañas entre los estantes. Pero el marido había hecho cosas mucho peores antes y la despensa le parecía un castigo bastante insignificante en proporción a su ira.

"¿Qué? ¿La despensa? ¿De qué estás hablando, chica? No, claro que no. Quiero decir..." vaciló, mirando el rostro joven y serio de Lupe. "Quiero decir que la matará." Ella se dio la vuelta para irse.

Lupe la agarró de la manga. "¿Matarla? ¡Seguramente no! ¡No se puede andar matando gente, incluso si se es un comerciante poderoso!"

La mujer se rió sin humor. "Cuando seas mayor, pequeña, lo entenderás. El brillo del oro ciega los ojos de la ley. Dirán que fue un accidente, que se resbaló y se golpeó la cabeza contra el suelo o cayó sobre su cuchillo de cocina o cayó al río. Ella no es la primera y no será la última. ¿Recuerdas a tu amiga Catalina Muñoz?"

Lupe sí se acordaba de Catalina. Una dulce muchacha que, como María, se había casado con un hombre mayor. Había dado a luz a un niño y una mañana, tanto la madre como el hijo fueron encontrados ahogados.

"Pero eso era la melancolía," dijo Lupe. "Muchas mujeres lo padecen después del nacimiento de un niño. A veces hacen algo desesperado."

"Lo único desesperado que intentó hacer la pobrecita fue escapar de su marido," espetó la mujer. "¿Crees que se ahogó en ese pequeño arroyo detrás de su casa? Ni siquiera era lo suficientemente profundo como para que un perro pudiera beber. Su marido fue quien contó esa historia y si lo crees, eres aún más infantil de lo que pareces."

Lupe no perdió un momento. Tomó lo que le quedaba del dinero del mes y compró carne de res, lo justo para hacer tres empanadas. Eran el plato favorito del marido de la capitana. Lupe los preparó con cuidado, triturando sal y hierbas saladas para mezclarlas con el relleno de carne. Ella se sabía la receta de memoria y siempre hacía las empanadas de la misma manera, pero esta vez le añadió un ingrediente extra: un racimo de florecitas blancas que todos los niños aprendían a no tocar.

Llevó las regordetas empanadas doradas a la casa de la familia de María. La madre se mostró casi patéticamente agradecida. Tenían un invitado a cenar, dijo, y no tenían nada más que pan y guiso de verduras para darle. Las empanadas serían una deliciosa adición a su plato.

“Lo siento,” dijo Lupe. “Pero sólo tenía suficiente carne para hacer tres. No habrá suficiente para todos.”

“Está bien,” dijo la madre de la capitana. “Se los daré todos. Gracias.”

Lupe sonrió. “No,” susurró en voz baja. “Gracias a usted.” Sólo faltaba saber qué barcos partían ese día. Y contarle a María el plan.

Esa noche reinaba el caos en el pueblo. El marido enojado, gritando mientras se llenaba la boca de comida, de repente comenzó a toser. Se le salieron los ojos de las órbitas y se golpeó el ancho pecho con la mano, pero la tos se convirtió en un ahogo, que a su vez se convirtió en un espantoso estertor. Cuando enviaron a alguien a la casa del hombre para decírselo a su joven esposa, no la encontraron por ningún lado. Justo cuando el clamor casi había amainado, se descubrió que a otra familia del pueblo le faltaba su hija: la familia de Lupe. Las chicas no habían dejado huellas, excepto por un puñado de flores blancas caídas en el borde de un muelle vacío. Flores de cicuta.

A la mañana siguiente, dos jóvenes grumetes de ojos brillantes observaron salir el sol dorado sobre un mar resplandeciente.





## Capítulo V: “No puedo protegerte”

Esperé, pero Lupe había terminado. “¿Y?” Yo pregunté.

“¿Y que?”

“¿Qué pasó después? ¿Se enojaron los marineros cuando descubrieron que erais mujeres? ¿Cómo consiguieron su propio barco? ¿Cuándo se volvió tan cruel la capitana? ¿Dónde está el bebé de la capitana?” Miré alrededor de mi habitación como si esperara que apareciera un bebé de la nada.

“Ay. Nunca se enteraron. Dos meses después, fuimos atacados por piratas. Mataron a la mayor parte de la tripulación, pero nos dieron a ella y a mí la opción de unirnos a su tripulación o caminar por la tabla. Supongo que puedes adivinar qué opción elegimos.”

“¿Y el barco, la capitana y el bebé?”

“Esa es otra historia, una que es demasiado triste para contarla. Ven a ayudarme en la cocina.”

La seguí obedientemente y, mientras preparábamos juntas la comida del mediodía, convencí a Lupe para que me contara el resto de la historia.

Los piratas sabían del embarazo, pero quedaron tan impresionados con la destreza de María con el arma que se negaron a dejarla abandonar la tripulación, incluso cuando llegó su momento. Esto sucedió justo después de una redada. Uno de los hombres tenía cierta formación médica y el capitán del barco pirata insistió en que él vendara a los demás miembros de la tripulación. María, que trabajó de parto durante toda la batalla, no había participado, y el capitán le dijo a Lupe que si no iba a luchar como los demás miembros de la tripulación, no la tratarían como a los demás miembros de la tripulación. Ella podría tener al médico cuando terminara con todos los demás.

Algo había salido mal durante el parto y la bebé murió poco después de nacer. El capitán ignoró las súplicas de María y Lupe para que el médico atendiera a la bebé, y pronto ya era demasiado tarde. María había estado al borde de la muerte, dijo Lupe, y tardó semanas en recuperarse. El capitán descartó esto como la melancolía, la fragilidad mental de una mujer tonta. Le dijo a María que si no peleaba, al menos podría cocinar y limpiar. Podría, o al menos la olla de estofado burbujeante de la noche siguiente lo indicó.

"Supe que algo andaba mal cuando la encontré en la cocina," reflexionó Lupe. "Odiaba cocinar desde que se casó. Y luego me hizo comer galleta náutica en lugar del guiso." Ella se volvió hacia mí suplicante. "Debería haberme dado cuenta, ¿no? Debería haber hecho algo. Pero juro que no lo sabía. ¿Cómo pude saber que ella conservaba unas flores de la cicuta?"

Le di unas palmaditas en el hombro para tranquilizarme, pero ella me apartó.

"De todos modos," dijo con brusquedad. "Fue entonces cuando cambió la capitana. Ella ya había pasado por mucho y era muy fuerte. Pero después de la muerte de su bebé... su vida ha sido muy dura y eso también le endureció el corazón."

Me quedé en silencio por un minuto, absorbiendo la información. Luego hablé vacilante. "Pero Lupe, tú no eres así. No eres dura por dentro. ¿Por qué te quedas con ella?"

Lupe sonrió con tristeza. "No puedo dejarla. No tiene a nadie más que la cuide."

"¿Entonces asesinarás gente por ella?" pregunté incrédulo. "Acabas de decir que desearías que ella no hubiera envenenado a los piratas. Pero es mucho peor andar robando la carga de la gente y luego matándola."

Lupe me dio la espalda, concentrándose en la tabla de cortar donde estaba cortando patatas. "No es así," dijo brevemente. "Yo no mato a nadie. Ese no es un requisito para el trabajo."

"¡Pero ella sí! ¿Quieres que le diga que sí y que vaya a matar gente también?"

“¡Isobel, basta!” gritó Lupe, cerniéndose sobre mí. Me quedé en silencio, repentinamente temeroso de esta amiga mía gigante y su cuchillo reluciente. Ella dio un paso atrás, repentinamente disculpándose. "No quise asustarte." Pero me alejé de ella y me negué a mirarla a los ojos.

"Isobel," suspiró mientras se iba. "No estoy diciendo que debas ir a matar gente. Admiro lo que estás haciendo, enfrentándote a ella. Ojalá hubiera tenido el coraje de hacer eso, cuando apenas empezábamos como piratas. Hay una mejor manera de vivir, tú y yo lo sabemos. Solo digo, ten cuidado. No puedo protegerte de todo."





## Capítulo VI: *Entrenar para luchar*

De hecho, me presenté en la cubierta principal a la mañana siguiente y pronto aprendí a luchar con una pistola o una espada. Era demasiado difícil apuntar la pistola y la espada era demasiado pesada para poder empuñarla durante mucho tiempo. Aprendí a defenderme, pero mi progreso fue extremadamente lento y las piratas tuvieron que turnarse para enseñarme porque era muy frustrante. Afortunadamente, esto le facilitó a Lupe convencer a la capitana de que no me hiciera participar en las redadas. Yo trabajaba como marinera y ayudaba a Lupe en la cocina, y esto pareció apaciguar al capitán. Por supuesto, esta decisión no fue popular entre las otras piratas, y yo era blanco de interminables burlas y, a veces, cosas mucho peores. Fernanda, sobre todo, me despreciaba. Ella nunca perdió la oportunidad de mirarme amenazadoramente.

Realmente Lupe era la única amiga que tenía en ese barco. Con el paso de los años, seguimos unidas. Dejé de pedir historias sobre su infancia con la capitana, al darme cuenta de lo triste que le ponía hablar de los tiempos antes de que todo saliera mal. Tampoco le pregunté nunca sobre las redadas y ella rara vez me ofreció información. Pero hablábamos de casi todo lo demás y, a veces, no hablábamos de nada en absoluto.

La mayoría de las historias que escuché sobre las conquistas de la tripulación fueron de Fernanda. Aunque me despreciaba, se enorgullecía de obsequiarme con cada espantoso detalle del último ataque. Siempre que tenía heridas de cuchillo o de bala, me las mostraba y se reía cuando yo parecía disgustada. Hice lo mejor que pude para ignorarla y olvidar las historias.

Pero una mañana, Lupe me contó algo que Fernanda aún no me había

contado. Ella me detuvo mientras estaba apilando leña en la estufa para hacer fuego y preparar el desayuno.

"Isobel," dijo. "En la redada de ayer... perdimos a Alma."

La miré fijamente, tratando de entender. "¿La perdí?"

"Ella está muerta." Lupe parecía dolida.

Llevaba casi cuatro años en el barco y nunca habíamos perdido a ninguna pirata. Dos de las mujeres eran mayores y habían decidido jubilarse. Se habían unido algunos nuevos miembros. Pero nadie había muerto. No sabía qué decir, así que no dije nada. Pero Alma había sido la pareja de Lupe y sabía que mi amiga estaba desconsolada. Tomé su mano suavemente y ella me contó toda la historia.

Un soldado a bordo del barco mercante había atacado a Lupe y Alma. Lupe no había podido incapacitarlo hasta después de que le disparó a Alma. Una bala había rozado el muslo de Lupe, pero fue su corazón el más herido, no su pierna. Y tenía otra razón, además de la pérdida de Alma, para estar triste.

"Lo siento," me dijo. "La capitana te hará pelear. Está loca de dolor por la pérdida de Alma. Alma fue una de las primeras piratas en unirse a la tripulación."





## Capítulo VII: *La redada*

Mi entrenamiento se reanudó y pasé la mayor parte de la semana siguiente practicando con una espada hasta que me dolió todo el cuerpo. Me quedé jadeando en la cubierta, demasiado exhausta para siquiera levantar la cabeza cuando apareció un par de botas.

"Levántate," dijo una voz. Sabía quién era y rápidamente me levanté, agarrándome de la barandilla cercana para apoyarme. Mi cuerpo se balanceó cuando la capitana me miró de arriba abajo. "Vi tu práctica," dijo. "No estás lista, pero tendrás que venir de todos modos. Ana vio un gran barco mercante que se acercaba hacia nosotros y deberíamos poder atraparlo pasado mañana. No, no discutas conmigo. Necesitaremos a todos. Lupe te necesitará."

La miré con los ojos muy abiertos. "¿Lupe?" "Sí, necesita una nueva pareja."

"Pero... ¡pero no puedo protegerla! ¿Por qué no puede usted hacerlo?"

"No lucho en parejas," dijo la capitana.

"¡Bueno, yo no lucho en absoluto!"

"Con suerte, no tendrás que luchar. Simplemente mantente cerca de ella y observa el peligro."

Si hubiera sonado enojada o autoritaria, habría protestado. Pero ella sólo parecía cansada y, posiblemente, triste. Me mordí la lengua. Lupe había hecho mucho por mí y necesitaba protección. Yo iría. Pero yo sólo defendería, no atacaría.

Dos días después, nos acercamos al barco mercante y lo abordamos.



Las piratas trabajaron eficientemente y sin problemas, despachando a todos los marineros a la vista. Habría sido casi hermoso si no fuera tan sangriento. Sus espadas brillaron en el aire como un bailarín saltando. Los hombres cayeron al suelo rápidamente, sus gritos silenciados por el gorgoteo de su propia sangre.

"¡Busque una entrada a la bodega de carga!" me ordenó Lupe. "Me aseguraré de que nadie te siga." Encontré una escalera que conducía a la cubierta y desaparecí por ella, vacilando por un momento mientras observaba a Lupe blandiendo su espada.

Hacía frío y estaba oscuro allí abajo, y mis ojos luchaban por adaptarse a la tenue luz. Ni siquiera sabía lo que estaba buscando. ¿Cofres de monedas de oro? No, eso parecía bastante improbable. Decidí preguntarle a Lupe. Mientras subía la escalera, escuché disparos. Las pistolas escaseaban entre nuestra tripulación y había demasiados disparos para que vinieran de las piratas. Saqué la cabeza nerviosamente. Casi de inmediato, Lupe me aplastó al arrojar su enorme cuerpo por la escotilla.

"¡Isobel, escóndete!" susurró con urgencia. "Este no es un barco mercante. ¡Está transportando soldados! ¡Escóndete!"

"¿Podemos regresar a nuestro barco?" yo pregunté. Sonó otro disparo, éste mucho más cerca. Sentí el cuerpo de Lupe sacudirse de sorpresa. Ella no respondió a mi pregunta. "¡Lupa! ¿Podemos?"

Aun así, ella no habló. Sentí que el miedo subía a mi estómago. "¿Lupe?" Levanté la mano y encontré su cuello, buscando el latido del corazón. Pero antes de que pudiera comprobarlo, mis dedos tocaron algo mojado. Estaba aún más oscuro ahora, con el cuerpo de Lupe bloqueando la escotilla, pero sabía qué era el líquido. Sangre.

Escuché el ruido de unas botas acercándose y una voz de hombre dijo: "Parece ser la última de ellas. Pero ella estaba tratando de llegar debajo de la cubierta, y es posible que algunas de ellas hayan escapado allí. Tendremos que organizar una búsqueda. Ayúdame a levantarla."

No hubo tiempo para despedirme de mi amiga. Corrí por el pasillo oscuro mientras empezaban a sacar su cuerpo de la abertura. Todo me resultaba desconocido y no tenía idea de adónde iba. Me lancé hacia dos soldados que venían en dirección opuesta.

"¡Pirata!" gritó uno, sacando una pistola. "Suelta tu espada y ponte de rodillas," me ordenó. Obedecí, mirándolo suplicante mientras el otro soldado me ataba las manos a la espalda.

"¡Por favor! Yo no soy una de ellas. ¡Mi nombre es Isobel Navarro y fui secuestrada hace cuatro años!"

Escuché al soldado detrás de mí jadear involuntariamente. "¿Isobel?"

Me volví para mirarlo por primera vez. Al principio no lo reconocí. Era muy alto y fuerte y, por supuesto, vestía un uniforme desconocido. Pero entonces sí lo reconocí y me pregunté si finalmente me había vuelto loca. No podría ser.

"¿Nachton?"

Él sonrió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. "¡Isobel!"

El otro hombre bajó cautelosamente su pistola. "¿Conoces a esta pirata?"

"Sí," dijo Nachton, sin quitar los ojos de mi cara. "Yo estaba allí cuando se la llevaron." Desató la cuerda alrededor de mis muñecas y me ayudó a levantarme, abrazándome.





## Capítulo VIII: “¿Quién es Dolores?”

La siguiente hora fue borrosa. Me hicieron mil preguntas sobre las piratas y el tiempo que pasé con ellas. Un oficial al mando, un almirante, vino a hablar conmigo y me preguntó cuántas piratas había en nuestra tripulación. Había enviado a sus soldados a nuestro barco y les había hecho matar o encarcelar a cualquiera que encontraran allí.

“Somos cincuenta,” dije, recordando una conversación reciente con Lupe.

El almirante asintió. “Bien. Tenemos cuarenta y nueve. Cincuenta, contándote a ti.”

Algo me molestaba en el fondo de mi mente, pero no podía pensar qué era. Estaba segura de que éramos cincuenta. Lupe me había escrito todos los super dúos cuando me explicó cómo atacaríamos el barco, y había veinticinco.

El interrogatorio continuó y Nachton me tomó la mano para consolarme mientras le contaba la historia del primer ataque de las piratas a nuestro barco, cómo me habían cogido y tirado a él por la borda. “¿Pero cómo escapaste?” le pregunté, girándome hacia él confundida. “Pensé que te habías ahogado.”

Se llevó un dedo a los labios y miró al almirante. “No te preocupes por eso. Te diré después.”

Asentí y continué, contándoles todo lo que me había pasado durante los últimos cuatro años. Un secretario tomaba notas todo el tiempo. Cuando terminé, estaba exhausta y recurrí a Nachton.

Me sonrió y apretó mi mano. “Y ahora, señor,” le dijo al almirante. “Si le parece bien, creo que la señorita necesita descansar.” Nos permitieron ir y él me llevó a una cabaña pequeña y oscura. Nos sentamos en una de las estrechas literas y me contó su versión de los últimos cuatro años. Aunque no

sabía nadar bien, logró mantener la cabeza fuera del agua hasta que el barco pirata se fue y nuestro barco de viaje comenzó a hundirse. Algunos barriles casi vacíos que habían estado en el barco flotaban en el agua, y usó uno como balsa improvisada. Supuso que las piratas también me habían tirado por la borda, pero después de buscarme durante mucho tiempo en el agua, pensó que me había ahogado. Unas horas más tarde, un barco que pasaba vio los restos del naufragio y vino a buscar supervivientes. Lo rescataron y lo subieron a bordo como marinero. Al final del viaje pudo encontrar otro barco que lo llevaría al puerto desde donde habíamos iniciado nuestro viaje. De allí se fue a su casa. Había encontrado a mi madre y le había contado la triste noticia de cómo había terminado nuestra peregrinación.

“Ella nunca volvió a ser la misma mujer después de eso. Ella hizo lo mejor que pudo por Dolores, pero le costaba cuidarla,” confió. “Cuando mi padre murió, me mudé con ellas.”

Sentí una chispa de celos. Dolores era una muchacha de nuestro pueblo. Ella lavaba la ropa, y aunque mi madre y yo siempre habíamos lavado la ropa de mi familia, supuse que después de que yo me fuera, ella debió haber contratado a Dolores para que la ayudara. Recordé que esta muchacha tenía una edad similar a la mía y era muy bonita y amable. La voz de Nachton cuando dijo su nombre era tierna, y no pensé que tuviera nada que ver con lo limpio que mantenía sus uniformes. Pero no expresé mis sentimientos y me sorprendió darme cuenta de que había dicho algo extraño.

“¿Por qué hablas así de mi madre?” Yo pregunté. “Ella nunca volvió’, ‘hizo lo mejor que pudo’. Haces que parezca que está muerta.” Su rostro cambió y supe lo que iba a decir tan pronto como las palabras salieron de mi boca. “Ay. Ella es, ¿no?”

El asintió. “Lo siento mucho, Isobel. Olvidé que no lo sabrías. Hace dos años que murió. Estaba muy débil y una noche se fue a dormir y nunca despertó. Era pacífico y ella estaba sonriendo cuando la encontré. Ahora está con los ángeles, querida. Hemos sido sólo Dolores y yo durante los últimos dos años. Ella se quedará con una mujer del pueblo hasta que yo regrese. He

tenido que viajar a menudo por el ejército y no me gusta dejarla tan frecuentemente. Este es mi último viaje y luego volveré a casa para trabajar en el negocio de carpintería de mi tío."

La chispa de los celos saltó a una hoguera. Sentí que el calor subía por mis mejillas. Entonces, esta linda Dolores, que nunca había sido secuestrada y nunca había visto morir a sus amigos frente a ella y todavía tenía dos padres vivos, también tenía a Nachton. Mi Nachton. No podía confiar en mí mismo para hablar.

Nachton me estaba mirando y de repente frunció el ceño. "Isa, déjame buscarte ropa diferente."

Miré mi vestido y noté, por primera vez, manchas de sangre. Debe ser la sangre de Lupe. Mi estómago se revolvió ante la idea. "Sí, por favor," dije. Y entonces, porque me dolía el corazón y no pude resistir la tentación de estar un poco amargada, dije:

"Supongo que Dolores sabría sacar esto. Pero como ella no está aquí, tendremos que pensar en otra solución."

Nachton parecía un poco confundido. "No creo que ella lo sepa." Se rió entre dientes. "Aunque sería bueno si supiera qué hacer con las manchas, ya que siempre estoy limpiando el barro y la hierba de sus vestidos."

Ahora yo estaba confundida. "¿Tú limpias la ropa de ella?" Este fue un arreglo extraño. Quizás ella estaba tan harta de limpiar la ropa para otras personas que se negaba a limpiar la suya propia.

Parecía un poco avergonzado. "Bueno, sé que podría encontrar a alguien más que lo haga, pero se le queda la ropa tan rápido que realmente no tiene sentido gastar dinero en limpiarla cuando puedo hacerlo yo mismo."

Yo estaba realmente perdida ahora. ¿Cómo podía una mujer de mi edad le quede pequeña la ropa? ¿Quizás le gustaba comer demasiada comida? O (mi corazón se hundió) estaba embarazada. Intenté sonreír, pero no pude contener las lágrimas. Estaba tan cansada y tan sola.

"¿Qué ocurre?" preguntó mi amigo alarmado.

"Nada, nada," dije, secándome los ojos con el dobladillo de mi vestido.

Me compuse, pero Nachton me miró con recelo. "Háblame de ella," le dije. "¿Cómo se juntaron ustedes dos?" Mis labios estaban rígidos y fue difícil formar las palabras. Pero sería mejor escuchar la historia completa ahora en lugar de pieza por pieza, cada pieza rompiéndome el corazón un poco más.

La frente de Nachton todavía estaba arrugada. "Bueno," empezó poco a poco. "He estado presente desde que ella nació, y después de la muerte de tu madre, pensé que sería cruel enviarla con algún pariente lejano que era un extraño para ella. Así que la mantuve conmigo."

Ahora sabía que algo andaba mal. Seguramente Nachton no estaba presente cuando nació Dolores. Él y su padre se habían mudado a nuestro pueblo después de la muerte de la madre de Nachton. Nachton tenía tres años y lo más seguro es que Dolores ya estuviera fuera del vientre de su madre en ese momento. ¿Dolores era el nombre de una mascota? A mi madre le gustaban los perritos. Pero Nachton había dicho que Dolores tenía vestidos y parientes lejanos.

"¿Nachton?" Dudé, sintiéndome tonta, pero pregunté de todos modos. "¿Quién es Dolores?"

Nachton parecía sorprendido y divertido al mismo tiempo. "Es tu hermanita."

Si no hubiera estado sentada ya, probablemente me habría sentado abruptamente, tal vez en detrimento de mi trasero. "¿Mi hermanita? Pero no tengo ninguna hermanita."

Se golpeó la frente. "¡Ay! Sigo olvidando lo que tú no sabrías. Dolores es la niña de la que estaba embarazada tu madre cuando nos fuimos a Pamplona. Tiene tres años y es la niña más linda que jamás hayas visto." Hizo una pausa y me miró. "Excluyendo a las presentes, por supuesto."

Me habría sonrojado, pero estaba demasiado ocupada procesando la primera mitad de lo que había dicho. "¿Entonces tengo una hermanita?" Yo pregunté.

Nachton asintió con orgullo. "Sí, tienes una hermanita."

"¡Y tú no tienes esposa!" solté. Esta vez sí me sonrojé. Nachton también lo

hizo.

“Ay, no, no tengo esposa. ¿Esa es una noticia para ti?”

Le expliqué en cuál Dolores había estado pensando y cómo había interpretado la situación, y Nachton se rió tan fuerte que la cama tembló debajo de nosotros. Me sonrojé aún más y traté de ocultar mi rostro, pero él simplemente acercó mi cabeza a su pecho y me abrazó mientras él se reía.





## Capítulo IX: “¿Te sorprende verme?”

Cuando finalmente Nachton dejó de reír y yo me recuperé de mi vergüenza, volvimos al asunto de la ropa limpia para mí. Uno de sus amigos marinos tenía un baúl lleno de vestidos nuevos para su esposa, dijo Nachton. Con las circunstancias reales, a nadie le importaría que me prestaran uno. Insistí en ir con él por miedo a volver a separarme. Me llevó a la bodega de carga y buscó hasta que encontró el baúl correcto. Estaba cerrado con llave y Nachton tendría que ir a pedirle la llave a su amigo.

"Él estará en la cubierta principal," dijo Nachton. Dudó. "Creo que deberías quedarte aquí." Comencé a protestar, pero él añadió: "Los... cadáveres todavía están allí. No quiero que veas eso. Quédate aquí y volveré en un momento."

Estuve de acuerdo y miré a mi alrededor mientras esperaba que regresara. Me sentí aliviada, abrumada y exhausta y traté de organizar mis pensamientos. Habían pasado tantas cosas. Estaba libre de las piratas, pero mi amiga había muerto. Podría irme a casa, pero mi madre, mi padre y mi hermano no estarían allí para recibirme. Y Nachton no estaba casado y dijo que yo había sido bonita cuando era niña.

Pero incluso mientras estos pensamientos pasaban por mi cabeza, había algo que todavía me molestaba, desde mi entrevista con el almirante. ¿Qué era? Habíamos estado hablando de las piratas y dijo que todas habían sido capturadas o asesinadas. Los cuarenta y nueve de ellas. Eso hacía veinticinco súper dúos, contándome a mí. Contándome... De repente supe lo que estaba mal. ¡La capitana! ¡Ella no estaba en uno de los súper dúos!



Fue un momento de pesadilla. Sólo tuve tiempo de jadear antes de que alguien me agarrara por detrás. Ella me inmovilizó contra el suelo, sosteniendo una daga brillante sobre mí.

"¿Te sorprende verme aquí?" preguntó. "Supongo que creías que te habías librado de las consecuencias. Sabes lo que les pasa a las piratas que traicionan a sus tripulaciones, ¿no?"

Luché por respirar. "Yo no traicioné a nadie."

"¿Ah, de verdad?" preguntó, con una luz fría en sus ojos. "Lo siento, debe haber sido alguien más que tu amiga Lupe. La vi tirada en su propia sangre en la cubierta.

Alguien más cuya compañera la traicionó." Presionó su brazo contra mi garganta con más fuerza, la rabia bailando en su rostro. "¿Es eso lo que estás tratando de decir?"

"No," jadeé. "Ella me dijo que me escondiera. Intenté llevarnos al barco, pero ya era demasiado tarde. "Ellos... le dispararon."

Nachton regresó en ese momento y se quedó paralizado del shock cuando nos vio. La capitana presionó la hoja de su daga contra mi garganta.

"Si te mueves o haces un sonido, ella morirá," dijo.

Nachton se arrodilló y levantó las manos en señal de rendición. "No haré nada. Sólo... déjala ir. Por favor."

"¡Ella me matará de todos modos!" Le dije. "Ve y busca ayuda. ¡Sálvate!"

Nachton negó con la cabeza. "No puedo hacer eso, Isobel."

La capitana nos miró con interés. "¿Él te conoce?" ella me preguntó.

El miedo cerró un puño de hierro alrededor de mi corazón. "No. Yo... les dije a todos mi nombre."

Por un momento pensé que ella me creía. Y entonces volvió a mirar a Nachton y vi la comprensión se le ocurrió. "Ahhh. Te recuerdo." Ella le hizo una seña para que se acercara. "Ven aquí. Tu vida a cambio de la de ella."

*No. No no no no ¡NO!*

Nachton se arrodilló frente a ella, con su cabeza inclinada.





## Capítulo X: *La otra niña*

"¡No!" exploté. Ella pasó de mí a él, sosteniendo su barbilla mientras pasaba su daga ligeramente por su rostro.

"Querida Isobel," dijo. "Lupe me dijo que amas tu Biblia. Personalmente, nunca lo he utilizado mucho. Pero hay un versículo que me gusta. ¿Quizás lo sabes? ¿'Ojo por ojo, diente por diente'? Me quitaste a mi mejor amiga. Parece justo que le devuelva el favor."

Nachton me miró. "Isobel, hay tantas cosas que no he tenido tiempo de decirte. Sobre tu madre, sobre Dolores, sobre mí... pero sólo una cosa importa realmente. Te amo. Te amo desde que eras niña. Vales mi vida y más, y estoy orgulloso de morir por ti. Ahora, vete de aquí."

"Ay, qué dulce," canturreó burlescamente la capitana. "Isobel, ¿tú también quieres confesarle tu amor? Adelante, puedo esperar un minuto más. ¿Y quien sabe? Si dices algo realmente conmovedor, tal vez le perdone la vida a tu guapo muchacho."

Era una burla, por supuesto, pero había algo en su voz que me hizo detenerme. Era como ver la sombra de un pájaro volar a través de la pared de tu dormitorio. No ves el pájaro ni la ventana por la que pasa y, sin embargo, sabes que está ahí. No podía definir qué era lo que escuché o vi en ella en ese momento, pero de repente supe que quería una excusa para dejarnos ir. Y supe exactamente qué decir.

"Capitana," comencé. Entonces me detuve. "María."

Ella pareció sorprendida por un momento, pero se recuperó rápidamente. "Ay, así has estado hablando con Lupe. Ese es un nombre que

no he escuchado en mucho tiempo."

Continué, ignorándola. "Hay una niña esperándome. Una niña por la que moriría si fuera necesario. Pero ahora lo que hace falta es que yo viva para ella. Y Nachton también. Ella necesita que nosotros la protejamos y la cuidemos."

La capitana seguía escuchando. Su sonrisa burlona desapareció y parecía haber olvidado la daga que tenía en la mano.

"Sabes lo que es proteger y cuidar a una niña, ¿no?" Pregunté, en voz tan baja que fue casi un susurro.

El rostro de la capitana volvió a endurecerse. "No. No." Se volvió hacia Nachton y volvió a levantar la daga.

"¡Espera!" grité. "Tienes razón. No tuviste la oportunidad de quedarte con tu pequeña, de verla crecer. Pero estás equivocada también. Todavía la cuidabas a ella. Todo ese tiempo ella creció dentro de ti, todo lo que hiciste fue para protegerla y darle un futuro. Y cuando ella nació, hiciste todo lo que pudiste por ella. No fue tu culpa que ella muriera."

Su rostro se contrajo de rabia y pena. "No, no lo fue. Me la quitaron. Ella habría sobrevivido si ese... si ese monstruo de capitán hubiera levantado un dedo para ayudar."

"Te castigó por no seguir sus reglas," dije. "Él no entendía el amor, ¿no?"

"No," dijo la capitana venenosamente. "Él no tenía idea de lo preciosa que era ella. No vio su pequeña mano enrollada alrededor de mi dedo. La tiró por la borda como si fuera basura."

Tomé una respiración profunda. Este fue el momento. Nachton y yo nos salvaríamos o nos perderíamos por cómo reaccionara ella a lo que dije a continuación. "Capitana, quiere castigarme por no seguir sus reglas. Quieres hacer lo que te hizo tu capitán. Pero tú no eres como él." Busqué en sus ojos, esas profundidades que tanto había temido. "Entiendes el amor. Lo has vivido. Y todavía puedes. Lo dejó ir a Nachton. Déjalo ir por el bien de otra niña que está lejos y que está esperando que él regrese a casa."

Las lágrimas cayeron imprudentemente por sus mejillas y pude ver la guerra que se desarrollaba en su interior. El odio lucha contra el amor. Recé para que el amor gane. Dios ayúdame. Dios ayude a ella.

La capitana presionó la hoja de la daga en la garganta de Nachton y vi aparecer una línea roja. Entonces dejó caer el cuchillo y saltó hacia atrás. "No puedo," dijo simplemente. Ella me miró implorante. "Ya no puedo vivir así. Pero no puedo cambiar."

Ella me entregó la daga. "Termina con mi miseria, Isobel. Hablas de amor y misericordia. Este será el mayor acto de misericordia que jamás hayas hecho. No puedo vivir así."

Miré su rostro, atravesado por finas cicatrices blancas y líneas de dolor y dureza. Miré más allá de todo esto y vi las cicatrices en su corazón.

"María, tú puedes cambiar. Nunca es demasiado tarde para la redención."

"Están esas tonterías de la Biblia," se rió con voz temblorosa.

"No son tonterías," respondí, tendiéndole la mano.

"Isobel. Se llamaba Isobel." Las palabras eran tan bajas que apenas las escuché.

"Tu nina?" pregunté.

Ella asintió, con angustia en sus ojos. "¿Qué pensaría ella de mí si pudiera verme ahora?"

"Ella querría que tomaras la decisión correcta."

"Hace mucho tiempo que no hago eso," dijo temblorosamente.

"Ciertamente nunca a ti. He sido cruel contigo. Me hiciste pensar en mi pequeña Isobel a menudo y odiaba recordarla, pero no podía soportar dejarte ir. Y entonces descargué mi pena contigo. Te odié porque me recordaste a la niña perdida de quien amaba."

"Tú y yo nos hemos odiado durante demasiado tiempo," dije, con la mano todavía extendida. "Creo que es hora de un cambio."

Ella guardó silencio, pero me tomó la mano. La ayudé a levantarse y caminamos juntas hasta el cuarto del almirante. Nachton lo siguió unos pasos detrás, incrédulo. Cuando salimos a la cubierta principal, los hombres se

separaron y nos miraron con asombro y miedo. "La reina de las piratas," les oí susurrar con reverencia.

Cuando entramos en la habitación, levantó las manos abiertas hacia el almirante. "Soy María Santiago-Valiente," anunció. "La Reina de las Piratas. Soy culpable de innumerables crímenes y crueldades, incluidos piratería, tortura, secuestro y asesinato. Vengo libremente a entregarme. Todo lo que pido es un juicio justo en el tribunal superior. Y," me miró. "Algo para leer. Quizás una Biblia."

Todos los hombres en la sala, ya fueran soldados, marineros o almirantes, se quedaron boquiabiertos de sorpresa, pero rápidamente entraron en acción. Ellos ataron las muñecas de la capitana detrás de su espalda y la ataron a una silla. Ella me miró largamente y me fui.





## Capítulo XI: *Epílogo*

Hace más de tres años desde que regresé a casa. Nachton y yo nos casamos discretamente unos meses después de nuestro regreso, y mi hermosa hermanita no podría estar más feliz con su cuñado. Nachton terminó su aprendizaje con su tío y se convirtió en carpintero. Ahora fabrica muebles para barcos, y en cada pieza, escondida entre las elegantes tallas, hay una I y una N entrelazadas. "¿No hay ninguna D?" Dolores pregunta cada vez, sacando la barbilla descaradamente y mirando a Nachton fijamente.

"Quizás," siempre responde críticamente Nachton, tirando suavemente de uno de los rizos rojizos de Dolores. Ella busca cuidadosamente en la madera hasta que encuentra las letras y luego me las muestra triunfalmente.

Hoy, Nachton me ha regalado un barco pirata diminuto y exquisitamente detallado. Dolores ha cosido las velas y cuenta con orgullo las puntadas, mientras yo asiento con admiración.

"Aquí está la I y la N," dice, señalando. "Y aquí está la D."

"Qué hermoso," digo. "Gracias a los dos. Quizás este sea demasiado valioso para dejarlo ir."

"No, Isa," dice Dolores. "Tenemos que meterlo en el mar. Es una traducción."

Nachton y yo intercambiamos una sonrisa por encima de su cabeza. "Tradición," me dice.

De hecho, es una tradición. Hace tres años recibí una carta de un amigo mío, capellán de una de las cárceles de España. Me escribió para informarme de una ejecución que se había llevado a cabo. "El día estaba oscuro," escribió.

“Pero su rostro cuando fue a la horca brillaba más que el sol. Me dijiste en tus cartas que la reconocería por sus cicatrices, por dentro y por fuera. No pude hacer nada con los que tenía en la cara. Pero puedo decirles que su alma no dejó ni una sola marca mientras volaba hacia el Todopoderoso. Ella me pidió que te enviara un mensaje. 'Me voy para reunirme con mi pequeña Isobel. Dios te bendiga, mi querida amiga.' Ella nunca me ha mencionado a ninguna pequeña Isobel, pero tal vez sepas quién es.” Sí, lo sabía, e incluso en mi dolor, sentí alegría al pensar en la madre reunida por fin con su hijo.

Por eso, cada año, en este día, Nachton talla un minúsculo barco pirata. Dolores le enciende una pequeña vela y lo mando al agua de una cala cercana a la casa donde ahora vivimos. Y pensamos en la capitana pirata que renunció a la libertad del mar por la libertad del alma. No sé dónde está ubicado el paraíso, pero espero que tenga una vista de la pequeña luz flotando en el agua. Sé que a mi amigo le gustaría ver eso.

Este año, mientras vemos el barco desaparecer en el atardecer, Dolores tira de mi vestido. Nachton y yo nos volvemos hacia ella con ternura.

"La próxima vez, Nachton," dice mandona. "Tendrás que acordarte de poner una B también."

“¿Una B?” pregunta Nachton. Pero sé lo que quiere decir y apoyo una mano protectoramente en mi cintura hinchada. "Ah," dice, captando el movimiento. “B para bebé. Pero ya sabes, el bebé tendrá un nombre cuando nazca, y podría usar otra letra.”

"Podríamos llamarlo Nachton," Dolores sugiere.

"Pero ¿si es una niña?" pregunta Nachton.

Dolores piensa por un momento. “Caramela, como mi gatita. Pon una C la próxima vez, por favor”.

"Caramela no, creo." Nachton responde. "Ese es un buen nombre para una gata, pero no para una niña".

“Bueno, todavía podría ser algo con una C”, argumenta Dolores.  
"¿Canela?"

"Tal vez deberíamos dejar que Isobel decida", se ríe Nachton, y ambos

me miran expectantes. “¿Qué piensas, Isobel? ¿Qué letra debo poner la próxima vez?”

“Quizás una M”, digo reflexivamente, todavía pensando en María Santiago-Valiente, la Reina de las Piratas.





# The Pirate Queen and I



By Caroline Vitkovitsky



For Celeste Mann and Milagros Mendez, who always believed in my creativity, even in Spanish.

I learned from the best.





## **Contents**

**Chapter 1:** *The Pirates*

**Chapter 2:** *Aboard the Pirate Ship*

**Chapter 3:** *Meeting the Captain*

**Chapter 4:** *Lupe and the Captain*

**Chapter 5:** *“I Cannot Protect You”*

**Chapter 6:** *Training to Fight*

**Chapter 7:** *The Raid*

**Chapter 8:** *“Who is Dolores?”*

**Chapter 9:** *“Surprised to see me?”*

**Chapter 10:** *The Other Little Girl*

**Chapter 11:** *Epilogue*



## Chapter 1: *The Pirates*

I was thirteen when the lady pirates took me. They arrived on a windy March day, when the sky was gray as my grandfather's beard and the sea was the same dark blue as the eyes of Nachton, my brother's and my best friend. My father, Randulf, Nachton, and I were sailing to Spain to visit the Cathedral of Our Lady of the Assumption in Pamplona. My father's cousin had just been ordained as archbishop of Pamplona and all his relatives were invited to visit.

My father was not a religious man and, despite the temptations of the rich food and exquisite wines of his homeland, probably wouldn't have accepted the invitation if it weren't for my mother. She was with child and the midwives who came to see her left quietly, whispering among themselves and avoiding my father's eyes.. They told him nothing and we didn't want to frighten my mother by inquiring what they might have said to her. She was glowingly happy. The last child, the one who had come after me, had been lost during a too-early birth, born blue and silent. My mother had hovered between life and death and it had taken more than a year for her to recover. No one had expected another child after that.

But after fifteen days had passed and the midwives still would not speak their thoughts, Nachton disappeared one afternoon. He returned with a solemn expression and told us that it was believed that my mother would not survive this pregnancy, nor the child. The invitation from the archbishop of Pamplona had arrived some days before and my father took it silently and disappeared into his study. That night, over supper, he announced that he would be making a pilgrimage to the cathedral in Pamplona to ask the Almighty for a safe delivery for my mother and the child. Randulf, always ready for an adventure, asked if he and Nachton could accompany my father. When his petition was accepted, I looked at my father beseechingly. He smiled, a rarity, and promised that I could come too.

The sailors were not so accommodating. A woman on a ship brought bad luck, they told us. My father protested, pointing out that I was not a woman, just a girl. After much debate (and an exchange of silver), I finally boarded. I would soon have many reasons to regret it.

To begin with, I quickly discovered a propensity to seasickness. My father and the boys had sailed before and they were accustomed to the constant motion of a ship. But I spent the first three days in bed in my cabin, vomiting into a bucket. When a well-meaning sailor insisted that the illness would be eased by fresh air and a view of the horizon and carried me up to the deck, I spent the next three days vomiting over the side of the ship. After one day's breakfast ended up splattered onto an important coil of ropes, I was carried unceremoniously back to my cabin.

Too weak to move, too sick to stand, I was still there when the pirates came. I heard gunshots and swords clanging on the deck above. I cried out in fear, but no one answered. After a short while, things began to calm down. My door slammed open and Nachton ran to my side. Nachton was a year older than me, and had always seemed larger than life. But now he had shrunk. I saw a terrified boy, with tortured eyes and bloodstained clothes. My God. Please, God, let that not be his blood.

He saw my eyes on his blood-reddened shirt. "It's not mine," he said. I sank back into my pillows in relief. "It's worse," he warned. Our eyes met and my heart froze. I read the news in his face. I had him help me to my feet and we climbed the stairs to the main deck, walking silently. Nachton went first, cautious, but after glancing quickly around, he beckoned me.

It was worse than anything I ever could have dreamed. "A bloodbath," I thought. There were bodies everywhere, leaking crimson fluids that looked like the expensive wine my father drank on special occasions. They remained motionless.

"My father?" I asked Nachton. "And Randulf?"

His expression was somber. "There." He pointed. I was afraid to look, but I had to. There was the slender body of a boy, still wearing the shirt I had sewn for my brother on his last birthday. And next to him, the long, dark features of my father's face.

"They shot them," Nachton hissed through his teeth. "I tried to stop the

bleeding...but I couldn't." He dissolved in sobs. I had never seen Nachton cry, not even when he fell from a tree and broke his arm.

My father's eyes, once so familiar, were the eyes of a stranger in death, clouded by the mists of death. Randulf's were closed, and I could have imagined that he was simply sleeping, if it hadn't been for the bloodstains soaking his shirt and darkening his ruddy curls. I stretched out a hand and gently closed my father's eyes. Nachton watched me in silence. Neither of us knew what to do. We had attended funerals before, but had never paid much attention. An *Our Father* seemed inadequate. Perhaps a hymn? But I knew I would only start crying if I tried to sing. And so my friend and I knelt there in silence, holding the hands of our dear departed ones.

And then, suddenly, the silence was gone. Pirate women swarmed around us, screaming and shouting, waving their enormous swords. I screamed and turned to Nachton, but he was no longer by my side. One of the pirates had seized him and was dragging him away.

"No!" I cried. "Nachton!"

"Isobel!" he shouted. "Save yourself! I will find you! Be wise and brave and God be with you!"

While they took him to the side of the ship, another pirate tied my hands behind my back and made me follow her. They laughed and forced me to watch Nachton walk the plank. I stopped breathing as he dropped into the water. He couldn't swim. He had never learned how. His dark hair disappeared rapidly under the crashing waves of the dark sea. I still couldn't breathe. I watched the place where he had sunk until my vision grew blurred and black spots appeared across everything. Then, it all went black.





## Chapter 2: *Aboard the Pirate Ship*

I awoke in a small cabin in a ship that was gently rocking. My heart raced, but I calmed myself. It had all been a dream. Thank God. I sat up. And then I knew.

There were bloodstains all over the front of my dress. There was dried blood under my fingernails and tangling my hair. I screamed and didn't stop screaming. The door opened and in came running a fierce-looking pirate. She shouted at me to stop screaming, but the sound of my own terror drowned everything else out. I couldn't stop. She slapped me, kicked me, tried to cover my mouth, but nothing shut me up. After a while, she left.

She returned with the largest woman I had ever seen. She was taller than the doorframe. Her forearms must have been as wide as my waist. She was simply so enormous that I forgot about screaming. The silence that followed was deafening.

The smaller pirate left, and the big one took me in her arms. She comforted me like a child and I cried until I ran out of tears. Then she produced a biscuit from an unseen pocket and handed it to me. It was stale, but I was hungry and I nibbled on it as she watched.

"Shh, shh," she consoled me. "You're alright now. I suppose you must be terrified. What's your name?"

I shook my head. This woman, kind as she seemed, was still a pirate. Her hair was tied back with a bright cloth and she had more gold rings in her ears than I could count.

She was a pirate, maybe even one of the ones who had killed my father

and Randulf and Nachton. At this thought, I would have started to sob again, but I had a throat full of dry crumbs from the biscuit she had given me.

The smaller pirate returned to the room and there was another pirate with her. They smirked at me and turned to the kind pirate who was holding me. "Keep her mouth shut. The queen is resting and she won't appreciate the noise."

"The queen?" The words slipped out before I realized I was thinking them. "What queen?"

The smaller pirate, the first one I had seen, grinned wolfishly. "The queen of the pirates."

Over the next few weeks, I remained locked in my small room. The other pirates came occasionally, to taunt me about how I would someday become one of them and to brag about their most recent raids. The only one who was kind was the tall lady pirate. She brought me all my meals and although between the seasickness and the bad food, I rarely had an appetite, she stayed and talked of things other than ships and gold and fighting. I learned the names of the crew. She was called Lupe and the other pirate I'd met was called Fernanda, and there were 44 other pirates aboard, not counting the captain.

"Why not counting her?" I asked.

Lupe looked surprised and then she chuckled. "I suppose she doesn't seem like the rest of us. She's the only one who fights alone, you know. The rest of us work in pairs, so we always have someone watching our back."

This sparked endless questions from me. Why did she fight alone? Were the pairs always the same? Who was Lupe's partner? Lupe answered each question patiently, explaining that it was a matter of pride for the captain to fight alone. Although she was very good with a pistol and a sword, Lupe wasn't sure if this was a wise strategy. Lupe also told me about the different partners she'd been paired with over the years, but my attention was elsewhere. When she finished, I asked about the pirate queen again. Was she really as scary as the other lady pirates claimed?

Lupe sighed. "The captain, you mean? We don't call her the pirate queen



on board. Fernanda is just trying to scare you. She's not so bad."

"But Fernanda told me this horrible story about the time the captain attacked one of the royal ships and there was a little boy on board and the captain—" I was cut off when Lupe winced and raised her hand to stop me.

"Yes," she murmured. "Fernanda likes to add her own details but it's true that the captain can be..."

"A monster?" I suggested.

Lupe gave me a look I couldn't interpret. "Ruthless," she finished. "But that's enough for now. I told you not to listen to Fernanda and her crazy stories. Now, how is your stomach feeling? I have some ginger tea for you to try. It should help with the nausea."





### Chapter 3: *Meeting the Captain*

A week later, a new pirate walked into the room. I'd been laying in my bunk, and she sat on the stool right next to me. I sat up, feeling awkward and vulnerable. She silently inspected me, with a sarcastic smile. I didn't recall seeing her before, but I knew who she was without hesitation.

"You're the pirate queen, aren't you?" I asked boldly, looking her in the eyes.

"Yes," she answered. "You will call me captain. All my pirates do."

"I'm not a pirate," I said.

She grinned. "Not yet."

We sized each other up. She was slim and not very tall, with short black hair and dark eyes that held bitterness. The scowl and numerous scars on her face gave her a frightening look, and I had to drop my gaze after a short while.

"I won't be a pirate," I muttered. "I won't do what you do. You're a thief and a murderer. How can you live with all that blood on your hands?"

"Oh, it washes off," she said airily. "After a while, you get used to it. They're just greedy men anyway. It's unusual to find a woman aboard, though. How did you come to be on that ship?"

"I was traveling with my family," I spat. "The people you killed, remember?"

She didn't, she said. I seethed with hatred, and she must have seen it in my eyes, but she just laughed. She had come to discuss something different, she told me. I sat there like a thundercloud while she explained what Lupe had already told me: that the pirates fought in pairs. This is what made them so efficient and so dangerous. And now, one of the lady pirates was leaving the crew and they needed someone to take her place.

“And so,” said the captain. “Now it’s time to start earning your bread. Either that or you can walk the plank.”

“Prepare your plank, then,” I said, tilting my chin up defiantly.

“Isobel,” she said, using my name for the first time. Did she wince, or had I just imagined it? “When fewer people fight, the fights are messier, more desperate. We only really want their gold, not their lives.” She grinned. “The lives are kind of a bonus. But if you do not fight, there will be more blood because of your absence.”

I didn’t know if this was true or not. It didn’t really make sense and she had every reason to lie to me, and yet...there was a note of sincerity in her voice. I wondered, for the first time, if maybe Lupe was right and the captain wasn’t the monster everyone painted her as. She saw my curious gaze and reacted strangely, jerking away. The unsettling smirk returned as she stood to leave. She turned back just as she opened the door, and spoke mockingly.

“And don’t worry, chiquita. I won’t make you kill pretty boys with blue eyes. I like to take care of them myself...as you know.”

My heart stopped. Nachton.

She tapped a finger against her chin pensively. “What was his name, again? I remember you screaming it. Something Scottish?” She waited for me to answer, but I remained silent, biting my lip so hard that I tasted blood. “I’ll expect you on the main deck tomorrow for training. You will learn how to use a sword and a gun.” She swept out of the room.

I wanted to cry for Nachton, but I was too angry for tears. My eyes burned and my lip still stung. I was still sitting on my bed when Lupe came in with my lunch. I didn’t look at her or the food.

“What’s wrong, Isobel?” she asked. “I hate her!” I shouted.

“Hate who?” Lupe asked in confusion. “Has Fernanda been bothering you again with her stories? You know better than to listen to her.”

“Not Fernanda,” I sobbed. “The captain!” “Ah,” Lupe said. “So you’ve met her.”

“She killed my best friend!” I spilled the whole story out to Lupe. She put her arm around my shoulders and comforted me. After I had finished, and we

were sitting in silence, an idea came to me. I pulled away from Lupe and looked seriously into her sympathetic face. “Lupe, you don’t like this life. I know you don’t. You weren’t meant to be a pirate. You care about *people*, not money.”

Involuntarily, she nodded slightly. I seized the opportunity.

“Lupe, you’re the strongest person I know. You could defeat her.” Lupe tried to stop me, but I just talked even faster. “We could do it at night, when she’s sleeping. And we could take a lifeboat. By the time the rest of the ship realizes what happened, we could be far away.”

Lupe was already shaking her head. “No,” she said, looking pained. “Isobel, don’t talk like this. You sound like— like her.”

“Like who?”

“The captain.”

“I’m nothing like her! I’m talking about killing her, not an innocent person!”

Lupe smiled sadly. “That’s how she started, too. It was never the innocent people. Until, one day, it was.”

I opened my mouth, but she shushed me.

“The captain wasn’t always like she is now. She was once a sweet, brave girl like you. You remind me a lot of her when she was about your age.”

“You knew her when she was a girl?” I interrupted.

“Of course,” Lupe said. “Did no one tell you? The captain is my oldest and dearest friend. I know that’s hard to understand when you think of the things she does. But life has not been kind to her. She’s just trying to survive.”





## Chapter 4: *Lupe and the Captain*

Lupe told me how she and the captain had grown up together, so close they were like sisters. Maria (the captain, although I could never think of her as anything but “the captain”) loved the sea and dreamed of becoming a sailor. But of course, a girl could not become a sailor. She might become the wife of a wealthy man and the mother of sons, but not a sailor. Her family was poor, and when her father received an offer of marriage from a wealthy older man in a nearby village, he accepted on her behalf. This man was known to be cruel to women, and the captain, then just a girl of fourteen, was afraid. Not long after the wedding, the abuse began.

The captain’s heart burned within her, but she rarely spoke of it. Sometimes, when Lupe gently touched a new bruise or welt, the captain would whisper of how someday, she would run away and sail the open seas and that man would never, never catch her. But these were just fantasies, and both of the girls knew that. Or so Lupe thought.

One night, the captain came to Lupe's house, with her hair cut short and dressed in boy's clothes. As Lupe stared at her in shock, the captain whispered her plan: to sneak aboard a ship that would set sail in the morning and become a cabin boy. She begged Lupe to come with her, but Lupe could not bear the thought of leaving her family: a father and two younger brothers who loved and depended on her.

“And what about your sister?” asked the young captain beseechingly. “For am I not your sister, in everything but blood? Your two brothers have each other, but I have no one. No one except you.”

“Then stay here with me,” Lupe argued. “We will find a way. You are

married now, but your parents are still your parents and they will protect you. Surely, if we tell your father..."

The captain stared at Lupe unbelievably. There was a long silence, then she slowly hissed, "Do you think that will change *anything*? He knows! My uncles know! Everyone knows! They have done nothing to help me and they will never take action against such a powerful man."

The captain sank to the ground, weeping. Lupe knelt to lift her up, but the captain seized her hand before she could react. The captain pressed Lupe's hand to her belly. And there it was. A faint swell on the skinny, childish body. Lupe gasped, and the eyes of the two girls met.

"So now you understand why I have to go," the captain said.

Lupe nodded mutely, and tears filled her eyes. "But when the sailors find out...what will they do with you? Everyone says a woman on a ship is bad luck."

"I suppose they'll drop me off at the next port and I can make a life for us there," the captain replied. "They're not going to just throw me overboard." Lupe still looked doubtful, so the captain continued, "It's a risk I have to take, Lupita. I cannot give a child to that monster."

Lupe nodded. "Yes. But I cannot go with you. Will you write to me and tell me where you are? In two or three years, when my brothers are a little older, I will come to you."

The captain looked sorrowful, but agreed. The girls spent the night curled against each other under Lupe's blanket. A little before the sun rose, the captain shook Lupe awake.

"It's time," she said. She stood and put her hand to her shorn hair, striking a dramatic pose. "Do I look like a cabin boy?"

Lupe looked away from the captain's belly, ignoring the secret it concealed. "Yes," she said, with as much cheer as she could muster. "A very pretty cabin boy."

They hugged goodbye, and the captain snuck out of the house silently. Lupe watched her disappear down the path to the wharf, and said a quick prayer to the Virgin, the captain's namesake and her own.

But the Virgin must not have been listening that morning, because it was only a few hours later when Lupe's youngest brother came running in, screaming, "Maria! They have Maria!" Lupe dropped the plate she was washing, and it smashed into a thousand pieces. She ran outside, her feet flying down the path to the wharf.

There was the captain, and, oh God! There was her husband! He was dragging her by what little was left of her hair, but she was fighting back, refusing to go with him. This only made the husband angrier.

A man stepped up, the captain's father. Lupe nearly fainted in relief. Perhaps he had done nothing before, but he could not stand idly by while his daughter was dragged through the village. The captain's father lifted his hand, a sign to the husband to halt. Lupe held her breath as he stepped close to his daughter and looked her in the eyes. Before she knew what had happened, his hand had struck like a cobra and the captain fell to the ground, hand pressed to a new red mark on her cheek. Her father spat on her and called her a word that Lupe had only heard used for the brightly-dressed women who waited in bars for the sailors.

"I did not raise you to be a disobedient woman!" he growled. "You are this man's wife and you will remain with him. No matter what." The captain remained limp on the ground. Lupe watched, terrified, as the two men hauled the captain to her feet and carried her away.

That afternoon, Lupe listened to the women gossiping by the village well. Maria's father was shamed, they said. Her husband was furious and was demanding the bride price back.

"How awful!" One woman said. "Her family can't afford to pay back a single céntimo. Everyone knows that."

"Well, he's going to her father's house this evening to negotiate," another woman commented. "They'd better scrape together more than a céntimo."

Her tone was ominous, and the chatter ceased. All the women looked solemn, and quietly began to filter away. Lupe couldn't keep silent any longer, and she dashed up to the last speaker.

“What do you mean? Why do they have to repay the bride price?”

The woman looked startled. She hadn't realized Lupe was there, listening. “Go away, child. There are some things we do not speak of.”

But Lupe insisted, and finally the woman relented. “I mean that she will not see the sun rise if her husband does not get some of his money back.”

“You mean he will lock her in the pantry again?” Lupe asked. It was a terrible thing to do, since the pantry had no windows and Maria was terrified of the spiders that left their spiderwebs between the shelves. But the husband had done much worse before, and the closet seemed like a rather insignificant punishment in proportion to his anger.

“What? The pantry? What are you talking about, child? No, of course not. I mean...” she hesitated, looking at Lupe's earnest young face. “I mean he will kill her.” She turned away to go.

Lupe grabbed her sleeve. “Kill her? Surely not! One cannot go around killing people, even if one is a powerful merchant!”

The woman laughed humorlessly. “When you are older, little girl, you will understand. The shine of gold blinds the eyes of the law. They will say it was an accident, she slipped and hit her head on the floor or landed on her cooking knife or fell into the river. She's not the first and she won't be the last. Remember your friend Catalina Munoz?”

Lupe did remember Catalina. A sweet girl who, like Maria, had been married off to an older man. She had given birth to a little boy, and both mother and son were found drowned one morning.

“But that was the baby blues,” Lupe said. “Many women have it after a child is born. Sometimes they do something desperate.”

“The only desperate thing that poor girl tried to do was escape from her husband,” the woman snapped. “You think she drowned in that little creek behind her house? It wasn't even deep enough for a dog to drink from. Her husband was the one who told that story and if you believe it, you're even more of a child than you look.”

Lupe didn't waste a moment. She took the last of the month's money and



bought beef, just enough to make a few empanadas. They were the favorite dish of the captain's husband. She prepared them carefully, crushing salt and savory herbs to mix into the meat filling. She knew the recipe by heart and always made empanadas the same way, but this time she added an extra ingredient: a cluster of little white flowers that every child learned not to touch.

She took the plump golden empanadas to the house of Maria's family. The mother was almost pathetically grateful. They were having a guest for dinner, she said, and had nothing but bread and vegetable stew to give him. The empanadas would be a delicious addition to his plate.

"I'm sorry," Lupe said. "But I only had enough meat to make three. There won't be enough for everyone."

"That's alright," said the captain's mother. "I will just give all of them to him. Thank you."

Lupe smiled. "No," she whispered under her breath. "Thank *you*." All that was left to do was to find out which boats were leaving that day. And to tell Maria the plan.

That evening, there was chaos in the village. The angry husband, shouting as he crammed his mouth full of food, suddenly began to cough. His eyes bulged and he whacked his hand against his broad chest, but the cough turned to a choke, which turned to a ghastly rattle. When someone was sent to the man's house to tell his young wife, she was nowhere to be found. Just when the clamor had nearly died down, another family in the village was discovered to be daughterless: Lupe's family. There was no sign of the girls, except for a handful of white flowers dropped at the edge of an empty dock. Hemlock flowers.

The next morning, two bright-eyed young cabin boys watched the sun rise golden over a shining sea.





## Chapter 5: *"I Cannot Protect You"*

I waited, but Lupe had finished. "Well?" I asked.

"Well, what?"

"What happened then? Were the sailors angry when they found out you were women? How did you get your own ship? When did the captain become so cruel? Where is the captain's baby?" I looked around my room as though expecting a baby to appear out of thin air.

"Ah. They never found out. We were attacked by pirates two months later. They killed most of the crew, but gave her and I the choice to join their crew or walk the plank. I suppose you can guess which option we chose."

"And the ship and the captain and the baby?"

"That's another story, one that is too sad to tell. Come help me in the galley."

I followed obediently, and as we prepared the midday meal together, I wheedled Lupe into telling me the rest of the story.

The pirates knew of the pregnancy, but were so impressed with Maria's prowess with a gun that they refused to let her leave the crew, even when her time came. This happened just after a raid. One of the men had some medical training, and the captain of the pirate ship insisted that he bandage the other crew members. Maria, laboring throughout the battle, had not participated, and the captain told Lupe that if she wasn't going to fight like the other crew members she wouldn't be treated like the other crew members. She could have the doctor when he finished with everyone else.

Something had gone wrong during the delivery of the child, and the baby lived only shortly after birth. The captain ignored the pleas of Maria and Lupe for

the doctor to attend to the child, and soon it was too late. Maria had been near death, Lupe said, and took weeks to recover. The captain dismissed this as the baby blues, the mental fragility of a foolish woman. He told Maria that if she wouldn't fight, then she could at least cook and clean. She could, or at least the bubbling pot of stew the next evening indicated that.

"I knew something was wrong when I found her in the kitchen," Lupe reflected. "She hated cooking ever since she got married. And then she made me eat the galleta nautica instead of the stew." She turned to me beseechingly. "I should have realized, shouldn't I? I should have done something. But I swear I didn't know. How could I have known that she kept some of the hemlock?" I patted her shoulder soothingly, but she brushed me away.

"Anyway," she said gruffly. "That was when the captain changed. She'd already been through so much, and she was so strong. But after the child died... Maria's life has been so hard and it hardened her heart too."

I was silent for a minute, absorbing the information. Then I spoke hesitantly. "But Lupe, you're not like that. You're not hardened. Why do you stay with her?"

Lupe smiled ruefully. "I can't leave her. She has no one else to take care of her."

"So you'll *murder* people for her?" I asked disbelievingly. "You just said you wish she hadn't poisoned the pirates. But it's way worse to go around stealing people's cargo and then killing them."

Lupe turned her back to me, focusing on the cutting board where she was chopping potatoes. "It's not like that," she said shortly. "I don't kill anyone. That's not a requirement for the job."

"But *she* does! You want me to say yes to her and go kill people too?"

"Isobel, stop it!" Lupe shouted, looming over me. I fell silent, suddenly afraid of this giant friend of mine and her gleaming knife. She stepped back, suddenly apologetic. "I didn't mean to scare you." But I shrank away from her and refused to meet her eyes.

"Isobel," she sighed as she left. "I'm not saying you should go kill people. I

admire what you're doing, standing up to her. I wish I'd had the courage to do that, back when we were just starting out as pirates. There's a better way to live, you and I both know that. I'm just saying, be careful. I cannot protect you from everything."





## Chapter 6: *Training to Fight*

I did in fact report to the main deck the next morning, and soon learned to fight with either a gun or a sword. The gun was too difficult to aim and the sword was too heavy for me to wield for a long time. I learned how to defend myself, but my progress was painstakingly slow and the pirates had to take turns teaching me because it was so frustrating. Fortunately, this made it easier for Lupe to convince the captain to not make me participate in the raids. I worked as a deckhand and helped Lupe in the kitchen, and this seemed to appease the captain. Of course, this decision was not popular among the other pirates, and I was a target for endless teasing and sometimes much worse. Fernanda, especially, despised me. She never missed an opportunity to leer threateningly at me.

Really, Lupe was the only friend I had on that ship. As the years passed, we remained close. I stopped asking for stories about her childhood with the captain, realizing how sad it made her to talk about the times before everything went wrong. I never asked about the raids either, and she rarely volunteered information. But we talked about almost everything else, and sometimes we talked about nothing at all.

Most of the stories I heard of the crew's conquests were from Fernanda. Although she despised me, she gloried in regaling me with every gruesome detail of the latest raid. Whenever she had wounds from knives or bullets, she would show them to me and laugh when I looked disgusted. I did my best to ignore her and forget the stories.

But one morning, Lupe told me a story that Fernanda had not yet shared with me. She stopped me as I was piling wood into the stove to make a fire to cook breakfast.

“Isobel,” she said. “In the raid yesterday...we lost Alma.”

I looked at her intently, trying to understand. “Lost her?” “She’s dead.”  
Lupe looked pained.

I had been on the ship for nearly four years and we had never lost a pirate. Two of the women were older, and had decided to retire. Some new members had joined. But nobody had died. I didn’t know what to say, so I didn’t say anything. But Alma had been Lupe’s partner, and I knew my friend was brokenhearted. I took her hand gently, and she told me the whole story.

A soldier aboard the merchant ship had attacked Lupe and Alma. Lupe had not been able to incapacitate him until after he shot Alma. A bullet had grazed Lupe’s thigh, but it was her heart that was most wounded, not her leg. And she had a reason other than the loss of Alma to be sad.

“I’m sorry,” she told me. “The captain will make you fight. She is wild with grief over losing Alma. Alma was one of the first to join our crew.”





## Chapter 7: *The Raid*

My training resumed, and I spent most of the next week practicing with a sword until my whole body ached. I lay panting on the deck, too exhausted to even lift my head when a pair of boots came into vision.

“Get up,” a voice said. I knew who it was and quickly stood, grabbing the nearby rail for support. My body swayed as the captain looked me up and down. “I watched your practice,” she said. “You’re not ready, but you’ll have to come anyway. Ana saw a big merchant ship coming our way soon, and we should be able to catch them the morning after next. No, don’t argue with me. We’ll need everyone. Lupe will need you.”

I looked at her, my eyes wide. “Lupe?” “Yes, she needs a new partner.”

“But— but I can’t protect her! Why can’t you do it?”

“I don’t fight in parejas,” the captain said.

“Well, I don’t fight!”

“With luck, you won’t have to fight. Just stay close to her and watch for danger.”

If she had sounded angry or commanding, I would have protested. But she just looked tired and, possibly, sad. I held my tongue. Lupe had done so much for me, and she needed protection. I would go. But I would only defend, not attack.

Two days later, we pulled alongside the merchant ship and boarded it. The lady pirates worked smoothly and efficiently, dispatching every sailor in sight. It would have been almost beautiful if it weren’t so gory. Their swords flashed through the air like a dancer leaping. The men crumpled to the ground quickly, quietly, their shouts silenced by the gurgle of their own blood.

“Look for an entrance to the cargo hold!” Lupe ordered me. “I’ll make sure no one follows you.” I found a ladder leading belowdecks and disappeared down it, hesitating for a moment as I watched Lupe brandishing her sword.

It was cool and dark down there, and my eyes struggled to adjust to the dim light. I didn’t even know what I was looking for. Chests of gold coins? No, that seemed rather unlikely. I decided to ask Lupe. As I climbed back up the ladder, I heard gunshots. Pistols were scarce among our crew, and there were far too many shots to be coming from the pirates. I poked my head out nervously. Almost immediately, I was crushed by Lupe throwing her huge body over the hatch.

“Isobel, hide!” she whispered urgently. “This isn’t a merchant ship. It’s transporting soldiers! *Hide!*”

“Can we get back to our ship?” I asked. Another gunshot sounded, this one much closer.

I felt Lupe’s body jerk with surprise. She didn’t answer my question. “Lupe! Can we?” Still, she did not speak. I felt dread crawl into my stomach. “Lupe?”

I reached up and found her neck, feeling for a heartbeat. But before I could check, my fingers touched something wet. It was even darker now, with Lupe’s body blocking the hatch, but I knew what the liquid was. Blood.

I heard the tramp of boots approaching, and a man’s voice said, “That looks like the last of them. But she was trying to get belowdecks, and some of them may have escaped down there. We’ll need to organize a search. Help me lift her.”

There was no time to say goodbye to my friend. I dashed down the dark corridor as they began to heave her body away from the opening. Everything was unfamiliar, and I had no idea where I was going. I dashed right into two soldiers coming the opposite way.

“Pirate!” one shouted, drawing a pistol. “Drop your sword and get on your knees,” he ordered me. I obeyed, looking pleadingly at him as the other soldier bound my hands behind my back.

“Please! I’m not one of them. My name is Isobel Navarro and I was



kidnapped four years ago!”

I heard the soldier behind me gasp involuntarily. “Isobel?”

I turned to look at him for the first time. I didn’t recognize him at first. He was so tall and strong and of course, wearing an unfamiliar uniform. But then I did recognize him, and I wondered if I had finally gone crazy. It couldn’t be.

“Nachton?”

He smiled as his eyes filled with tears. “Isobel!”

The other man cautiously lowered his pistol. “You know this pirate?”

“Yes,” Nachton said, not taking his eyes from my face. “I was there when she was taken.” He untied the rope around my wrists and helped me to my feet, embracing me.





## Chapter 8: “*Who is Dolores?*”

The next hour was a blur. I was asked a thousand questions about the lady pirates and my time with them. A commanding officer, an admiral, came to speak with me, and asked how many pirates were in our crew. He had sent his soldiers to our ship and had them kill or imprison anyone they found there. “There are fifty of us,” I said, remembering a recent conversation with Lupe. The admiral nodded. “Good. We have forty-nine. Fifty, counting you.”

Something niggled at the back of my mind, but I couldn’t think of what it was. I was certain there were fifty of us. Lupe had written out all the pairs for me when she explained how we would attack the ship, and there were twenty-five.

The interrogation continued, and Nachton held my hand comfortingly as I recounted the story of the pirates first attacking our ship, how they had taken me and thrown him overboard. “But how did you escape?” I asked, turning to him in confusion. “I thought you drowned.”

He put a finger to his lips and looked at the man in charge. “Don’t worry about it. I’ll tell you later.”

I nodded and continued, telling them everything that had happened to me over the last four years. A secretary jotted down notes the whole time. When I was done, I was exhausted and turned to Nachton.

He smiled down at me and squeezed my hand. “And now, sir,” he said to the admiral. “If it’s alright with you, I think the senorita needs to rest.” We were allowed to go, and he led me to a small, dark cabin. We sat on one of the narrow bunks and he told me his side of the last four years. Although he couldn’t swim well, he had managed to keep his head above water until the pirate ship left and our traveling ship started to sink. Some near-empty barrels

that had been on the ship floated in the water, and he used one as a makeshift raft. He assumed that the lady pirates had thrown me overboard as well, but after searching for me in the water for a long time, he thought I had drowned. A few hours later, a passing ship had seen the wreck and come to look for survivors. They rescued him and took him aboard as a deckhand. At the end of the voyage, he was able to find another ship, one that could take him to the port we had started our journey from. From there, he went home. He had found my mother and told her the sad news of how our pilgrimage had ended.

“She was never the same woman after that. She did her best for Dolores, but she was struggling to care for her,” he confided. “When my father died, I moved in with them.”

I felt a spark of jealousy. Dolores was a girl in our village. She did laundry, and although my mother and I had always done my family’s laundry, I supposed that after I was gone, she must have hired Dolores to help. This girl, I remembered, was close in age to me and very pretty and kind. Nachton’s voice when he said her name was tender, and I didn’t think it had anything to do with how clean she kept his uniforms. But I didn’t give voice to my feelings, and I was struck by the realization that he had said something odd.

“Why are you talking about her like that?” I asked. “‘She was never’, ‘she did her best’. You make it sound like she’s dead.” His face changed, and I knew what he was going to say as soon as the words left my mouth. “Oh. She is, isn’t she?”

He nodded. “I’m so sorry, Isobel. I forgot you wouldn’t know. She died two years ago. She was very weak and one night she went to sleep and never woke up. It was peaceful, and she was smiling when I found her. She is with the angels now, dear. It’s been just me and Dolores for the last two years. She is staying with a woman from the village until I return. I’ve had to travel often for the army, and I don’t like leaving her so frequently. This is my last trip, and then I am going home to work in my uncle’s carpentry business.”

The spark of jealousy leapt into a bonfire. I felt heat creeping up my cheeks. So, this pretty Dolores, who had never been kidnapped and never

watched her friends die in front of her and still had two living parents, also had Nachton. My Nachton. I couldn't trust myself to speak.

Nachton was looking at me and suddenly frowned. "Isa, let me find different clothes for you."

I looked down at my dress and noticed, for the first time, bloodstains. It must be Lupe's blood. My stomach churned at the thought. "Yes, please," I said. And then, because my heart was sore and I couldn't resist the temptation to be a little bitter, I said, "I suppose Dolores would know how to get these out. But since she's not here, we'll just have to figure something out."

Nachton looked a little confused. "I don't think she does know." Then he chuckled. "Although it would be nice if she knew what to do for stains, since I'm always scrubbing mud and grass off her dresses."

Now I was the one who was confused. "*You* clean *her* clothes?" This was an odd arrangement. Perhaps she was so sick of doing laundry for other people that she refused to do her own.

He looked a little embarrassed. "Well, I know I could find someone else to do it, but she grows out of her clothes so quickly that it doesn't really make sense to spend money on having them cleaned when I can do it myself."

I was truly lost now. How could a woman my age keep growing out of her clothes? Perhaps she liked to eat too much food? Or — my heart sank — she was pregnant. I tried to smile, but I couldn't hold back my tears. I was so tired and so lonely.

"What's wrong?" my friend asked in alarm.

"Nothing, nothing," I said, wiping my eyes with the hem of my dress. I composed myself, but Nachton watched me suspiciously. "Tell me about her," I said. "How did you two...get together?" My lips were stiff and I struggled to form the words. But it would be better to hear the whole story now instead of piece by piece, each piece breaking my heart a little more.

Nachton's forehead was still furrowed. "Well, he began slowly. "I've been around since she was born, and after your mother died, I thought it would be cruel to send her away to some distant relative who was a stranger to her. So I

kept her with me.”

Now I *knew* something was fishy. Nachton most certainly had not been around when Dolores was born. He and his father had moved to our village from Scotland after the death of Nachton’s mother. Nachton had been three, and Dolores was most certainly out of her mother’s womb at that point. Was Dolores the name of a pet? My mother had been fond of dogs. But Nachton had said she wore dresses and had distant relatives.

“Nachton?” I hesitated, feeling foolish, but asked anyway. “Who is Dolores?”

Nachton looked shocked and amused at the same time. “She’s your sister.”

If I hadn’t already been sitting, I likely would have dropped to a sitting position abruptly, perhaps to the detriment of my backside. “My sister? But I don’t have a sister.”

He smacked his forehead. “Oh! I keep forgetting what you wouldn’t know. Dolores is the child your mother was pregnant with when we left for Pamplona. She is three and a half years old and the cutest little girl you’ve ever seen.” He paused and looked at me. “Present company excluded, of course.”

I would have blushed, but I was too busy processing the first half of what he’d said. “So I have a sister?” I asked.

Nachton nodded proudly. “Yes, you do.”

“And you don’t have a wife!” I blurted out. This time, I did blush. Nachton did too.

“Um, no I don’t. Is that news to you?”

I explained which Dolores I had been thinking of and how I had interpreted the situation, and Nachton laughed so hard that the bed shook underneath us. I flushed even redder and tried to hide my face, but he just pulled my head to his chest and hugged me while he laughed and laughed.





## Chapter 9: “*Surprised to See Me?*”

When Nachton finally stopped laughing and I had recovered from my embarrassment, we returned to the matter of clean clothing for me. One of his sailor friends had a trunk full of new dresses for his wife, Nachton said. Given the circumstances, no one would mind if I borrowed one. I insisted on going with him, afraid to be separated again. He led me to the cargo hold, and searched until he found the right box. It was locked and he would have to go ask his friend for the key.

“He’ll be on the main deck,” Nachton said. He hesitated. “I think you should stay here.” I began to protest, but he added, “The...bodies are still there. I don’t want you to see that. Stay right here and I will be back in a moment. I agreed, and looked around as I waited for him to return.

I was relieved and overwhelmed and exhausted and I tried to organize my thoughts. So much had happened. I was free from the pirates, but my friend had died. I could go home, but my mother and father and brother would not be there to greet me. Just *Dolores*. It sounded like she and Nachton now lived in my house. I had always loved Nachton, and even now, my heart soared at the thought of him, so gentle and handsome. How could I live somewhere where I would see them together constantly? I wouldn’t be able to bear it. I had already lost everyone else who mattered to me. I would have to find somewhere else to live. Perhaps a seamstress in the nearest town would take me as an apprentice.

But even as these thoughts raced through my head, there was still something bothering me, ever since my interview with the admiral. What was it? We had been talking about the pirates, and he said they had all been captured or killed. All forty-nine of them. That made the twenty-five super duos, counting

me. Counting me... I suddenly knew what was wrong. *The captain*. She wasn't one of the deadly duos.

It was a moment from a nightmare. I only had time to gasp before someone grabbed me from behind. She pinned me to the floor, holding a glinting dagger over me.

"I bet you're surprised to see me here," she said. "You thought you had gotten away without consequences. You know what happens to pirates who betray their crews, don't you?"

I struggled to breathe. "I didn't – betray – anyone."

"Oh really?" she asked, a cold light in her eyes. "I'm sorry, that must have been someone *other* than your friend Lupe I saw lying in her own blood on the deck. Someone *else* whose partner betrayed her." She pressed her arm against my throat harder, rage dancing across her face. "Is that what you're trying to say?"

"No," I gasped. "She told me to – hide. I tried – to get us to – the ship – but it – was too late. They – shot her."

Nachton came back just then, and froze in shock when he saw me. The captain pressed the blade of her dagger against my throat.

"Move or make a sound, and she dies," she said.

Nachton knelt and raised his hands in surrender. "I won't do anything. Just – let her go. Please."

"She'll kill me anyway!" I told him. "Go and get help. Save yourself!"

Nachton shook his head. "I can't do that, Isobel."

The captain looked between us with interest. "He knows you?" she asked me. Fear closed an iron fist around my heart. "No. I – told them all my name."

For a moment, I thought she believed me. And then she looked at Nachton again and I saw understanding dawn. "Ahhh. I remember you." She beckoned him closer. "Come here. Your life in trade for hers."

No. No no no no NO.

Nachton knelt in front of her, his proud head bowed.





## Chapter 10: *The Other Little Girl*

“No!” I exploded. She moved from me to him, holding his chin as she traced her blade lightly over his face.

“Dear Isobel,” she said. “Lupe told me you love your Bible. I’ve never had much use for it, personally. But there is one bit I like. Perhaps you know it? ‘An eye for an eye, a tooth for a tooth’? You took my dearest friend from me. It seems only fair that I return the favor.”

Nachton looked at me quietly. “Isobel, there is so much I haven’t had time to tell you. About your mother, about Dolores, about myself...but only one thing really matters. I love you. I’ve loved you since you were a little girl. You are worth my life and more, and I am proud to die for your sake. Now, go.”

“Oh, how sweet,” the captain crooned mockingly. “Isobel, do you want to confess your love, too? Go ahead, I can wait a minute longer. And who knows? If you say something *really* touching, perhaps I will spare your handsome friend’s life.”

It was a taunt, of course, but there was something in her voice that made me pause. It was like seeing the shadow of a bird fly across your bedroom wall. You do not see the bird, nor the window by which it passes, and yet you know it is there. I couldn’t define what it was I heard or saw in her, but suddenly I knew that she wanted an excuse to let us go. And I knew exactly what to say.

“Captain,” I began. Then I stopped. “*Maria*.”

She looked surprised for a moment, but recovered quickly. “Ah, I see you’ve been talking to Lupe. That’s a name I haven’t heard in a while.”

I continued, ignoring her. “There is a little girl waiting for me. A little girl that I would die for, if necessary. But right now, what is necessary is for me to live



for her. And Nachton, too. She needs us to protect and care for her.”

The captain was still, listening. Her mocking smile was gone and she seemed to have forgotten the dagger in her hand.

“You know what it’s like to protect and care for a little girl, don’t you?” I asked, so quietly it was almost a whisper.

The captain’s face hardened again. “No. I don’t.” She turned back to Nachton and raised the dagger again.

“Wait!” I shouted. “You’re right and you’re wrong. You didn’t get the chance to keep your little girl, to watch her grow up. But you still cared for her. All that time she grew within you, everything you did was to protect her and give her a future. And when she was born, you did everything you could for her. It wasn’t your fault that she died.”

Her face twisted in rage and grief. “No, it wasn’t. They took her from me. She would have lived if that — if that monster of a captain had raised a finger to help.”

“He was punishing you for not following his rules,” I said. “He didn’t understand love, did he?”

“No,” she said venomously. “He had no idea how precious she was. He didn’t see her little hand curl around my finger. He threw her overboard like a piece of trash.”

I took a deep breath. This was the moment. Nachton and I would be saved or lost by how she reacted to what I said next. “Captain, you want to punish me for not following your rules. You want to do what your captain did to you. But you are not like him.” I searched her eyes, those bottomless depths that I could never bear to look into before. “You understand love. You have lived it. And you still can. Let him go. Let him go for the sake of another little girl far away who is waiting for him to come home.”

Tears splashed recklessly down her cheek and I could see the war going on inside her. Hatred battling love. I prayed that love would win. God help me. God help her.

She pressed the blade into his throat and I saw a line of red appear. Then

she dropped the knife and sprang back. "I cannot," she said simply. She looked at me imploringly. "I cannot live like this anymore. But I cannot change."

She handed the dagger to me. "End my misery. Isobel, you talk of love and mercy. This will be the greatest act of mercy you ever do. I cannot go on."

I gazed at her face, crisscrossed by fine white scars and lines of pain and harshness. I looked past all this and saw the scars on her heart. "Maria, you can change. It is never too late for redemption."

"There's that Bible nonsense," she laughed, her voice shaky.

"Not nonsense," I answered, holding my hand out to her.

"Isobel. Her name was Isobel." The words were so soft that I barely heard them.

"Your child?" I asked.

She nodded, anguish in her eyes. "What would she think of me if she could see me now?"

"She would want you to make the right choice."

"I haven't done that in a long time," she said shakily. "Certainly never to you. I have been cruel to you. You made me think of my little Isobel so often, and I hated the reminder but I could not bear to let you go. And so I took out my grief on you. I hated you because you reminded me of the lost one I had loved so much."

"You and I have hated each other for too long," I said, my hand still outstretched. "I think it's time for a change."

She was silent, but took my hand. I helped her to her feet and we walked to the captain's quarters together. Nachton followed a few steps behind, incredulous. When we emerged on the main deck, the men parted, staring at us in wonder and fear. "La reina de las piratas," I heard them whisper reverently. When she entered the room, she raised her open hands to the admiral.

"I am Maria Santiago-Valiente," she announced. "La Reina de las Piratas. I am guilty of countless crimes and cruelties, including piracy, torture, kidnapping, and murder. I freely come to surrender myself. All I ask is a fair trial in the high court. And," she looked over at me. "Reading material. Perhaps a Bible."

Every man in the room, whether soldier, sailor, or admiral, gaped in surprise, but quickly jumped into action. The captain's wrists were bound together behind her back, and she was tied to a chair.

She gave me a long look, and I left.





## Chapter 11: *Epilogue*

It has been more than three years since I returned home. Nachton and I were married quietly a few months after our return, and my beautiful little sister could not be more happy with her brother in law. Nachton finished an apprenticeship with his uncle and became a carpenter. He makes furniture for ships now, and in every piece, hidden among the elegant carvings, is an I and an N twined together. “Not a D?” Dolores asks every time, jutting her chin out saucily and glaring.

“Maybe,” Nachton always answers cryptically, gently tugging one of her ruddy curls. She searches the wood carefully until she finds the carvings, and then shows me triumphantly.

Today, Nachton has presented me with a tiny, exquisitely detailed pirate ship. Dolores has sewn the sails and proudly counts the stitches for me, as I nod admiringly.

“Here is the I and the N,” she says, pointing. “And here is the D.”

“How beautiful,” I say. “Thank you to both of you. Maybe this one is too precious to let go.”

“No, Isa,” Dolores says. “We have to put it in the sea. It’s a *transition*\*.” Nachton and I exchange a smile over her head. “Tradition,” he mouths at me.

It is indeed a tradition. Three years ago, I received a letter from a friend of mine, a chaplain in one of the prisons in Spain. He wrote to inform me of an execution that had been carried out. “The day was dark,” he wrote. “But her face when she went to the gallows was brighter than the sun. You told me in

\*Author’s note: the word used in the original (Spanish) version of this story means “translation”. However, it has been changed here to better reflect Dolores confusing two similar-sounding words.

your letters that I would know her by her scars. I could do nothing about those on her face. But I can tell you that her soul bore not a single mark as it flew to the Almighty. She asked me to send a message to you. 'I am leaving to meet my little Isobel. God bless you, my dear friend.' She has never mentioned an Isobel to me, but perhaps you know who that is." I did know, and even in my sorrow, there was joy to think of the mother reunited with her child at last.

Every year, on this day, Nachton whittles a miniscule pirate ship. Dolores lights a small candle on it and I send it into the water of a cove near the house where we now live. I don't know where heaven is located, but I hope it has a view of the little light bobbing through the water. I know my friend would like to see that and know that I remember her.

This year, as we watch the ship disappear into the sunset, Dolores tugs at my dress.

Nachton and I turn to her tenderly.

"Next time, Nachton," she says bossily. "You will have to remember to put a B as well."

"A B?" Nachton asks. But I know what she means, and I rest a hand protectively on my swelling waist.

"Ah," he says, catching the movement. "B for Baby. But you know, the baby will have a name when it is born, and that might use a different letter."

"We could call it Nachton," she suggests.

"Ah, but what if it is a girl?" Nachton asks.

Dolores thinks for a moment. "Caramel, like my kitten. Put a C next time, please."

"Not Caramel, I think." Nachton replies. "That's a good name for a cat, but not for a little girl."

"Well, it could still be something with a C," Dolores argues. "Cinnamon?"

"Maybe we should let Isobel decide," Nachton laughs, and they both look at me expectantly. "What do you think, Isobel? What letter should I put next time?" he asks.

"Perhaps an M," I answer reflectively, still thinking of Maria Santiago-

Valiente, Queen of the Pirates.